
HARLEQUIN
Jazmín
Jessica Steele
Recuerda

Se comprometió con él... mientras dormía Claire Farley se despertó en el hospital y no recordaba nada de su vida. Pero lo más sorprendente fue descubrir que llevaba puesto un anillo de compromiso. Y su prometido era ni más ni menos que el maravilloso Tye Kershaw, el marido perfecto: atento, cariñoso... y muy guapo. Pero cuando recobró la memoria resultó que había una pieza del rompecabezas que no encajaba porque no recordaba haber visto a Tye Kershaw en toda su vida. ¿Qué hacía entonces viviendo en su casa, con aquel anillo en el dedo... y durmiendo en la misma cama?



Jessica Steele

Recuerda

ePub r1.0

Capítulo 1

Se estiró. Estaba preocupada y le pesaban los párpados. Intentó recordar qué era lo que la preocupaba, pero no pudo. Abrió los ojos y se quedó un par de segundos tumbada, en paz.

Aquella paz no duró mucho. De repente, abrió mucho los ojos. ¡No recordaba nada! ¡Nada de nada! ¡Su cabeza estaba completamente en blanco!

Intentó no dejarse llevar por el pánico. Era imposible. Tema que recordar algo. ¡Nada! ¡Ni siquiera cómo se llamaba!

Miró a su alrededor. Las paredes rosas del dormitorio no le decían nada. No las reconocía. Gritó e intentó incorporarse, pero se dio cuenta de que apenas tenía fuerzas para levantar la cabeza de la almohada.

No estaba sola. Había una enfermera rolliza que, alertada por su grito, había corrido a su lado.

—Veo que ha vuelto en sí —comentó con voz dulce y tranquila.

La joven de la cama no se encontraba en absoluto tranquila.

—¿Quién...? ¿Dónde...? No sé dónde estoy ni quién soy —murmuró asustada.

En un abrir y cerrar de ojos, llegó un médico. A partir de ese momento, se sucedieron una serie de visitas en bata blanca por su habitación, diferentes pruebas de memoria, preguntas, sedantes y sueños.

Las enfermeras le habían curado las heridas, pero su memoria seguía sin reaccionar. No recordaba quién era.

En alguno de los ratos de lucidez que tuvo entre sueños, vio a un hombre de traje, no, eran dos.

Uno era alto y fuerte, debía de andar por los cuarenta y tantos y parecía médico pues, aunque no llevaba bata, le ponía una

linternita en los ojos y le hacía preguntas. La chica intentaba contestar, pero a menudo se quedaba dormida en mitad de la conversación.

El otro hombre era unos diez años más joven que el primero, debía de tener unos treinta y cinco o treinta y seis, y era también alto, pero más delgado. Aquel no hacía preguntas ni llevaba linternita. Solía acercarse a la cama y hablarle en voz baja. Con él, también se quedaba dormida.

Pasaron varios días y se dio cuenta de que la llamaban Claire. Alguien debía conocerla entonces.

Recordaba vagamente que la habían cambiado de habitación y también de hospital. Allí, todas las caras eran nuevas y no reconoció a los dos hombres, el médico y el otro.

Una mañana, se despertó y no se le fue la cabeza como de costumbre. Permaneció despierta. Aunque seguía sin recordar nada y le daba vueltas la cabeza, se encontraba con más fuerzas, como dispuesta a unirse al mundo de los vivos.

—¿Dónde estoy? —le preguntó a una enfermera.

—En Roselands, una clínica privada —contestó la mujer—. Hace dos días que la trajeron aquí. Cada vez va mejor.

—¿Me llamo Claire?

—Claire Farley —le confirmó la enfermera.

—¿Qué me ha ocurrido?

—Tuvo un accidente de tráfico. Estuvo en coma unos días, pero salió y no tiene ninguna lesión grave. Hubo que darle puntos en la cadera derecha, pero ya se los han quitado, y se golpeó con fuerza el brazo derecho, pero no se lo rompió —sonrió la mujer.

—¿Y la cabeza? ¿La tengo bien? —preguntó Claire asustada—. No recuerdo nada...

—Tiene la cabeza bien —se apresuró a asegurarle la enfermera —, no se preocupe. Se le han hecho todas las pruebas habidas y por haber.

—Pero si no recuerdo nada, no sé quién soy —insistió Claire angustiada.

—Tranquilícese —le aconsejó la enfermera—. Por cierto, me llamo Beth Orchard. Todo tiene una explicación. Como le he dicho, ha estado en coma y su cabeza ha decidido que quiere descansar un poco. Cuanto más tranquila esté, antes recuperará la memoria.

¿Quiere algo?
Claire miró a su alrededor y vio flores y frutas.
—Parece que tengo de todo —contestó.
Beth se fue y Claire comenzó a experimentar un enorme desasosiego. ¡No recordaba absolutamente nada!
—Claire Farley —dijo en voz alta.
Aquel nombre no le decía nada.
En aquel momento, entró uno de los hombres que recordaba. Por lo visto, era el doctor Phipps.
—¿Qué tal va su cabeza? —le preguntó.
—Mal —contestó Claire—. No recuerdo nada.
—Tiene que descansar.
—Eso me ha dicho la enfermera Orchard.
—Intente no preocuparse —le aconsejó el doctor Phipps.
—¿Cuánto tardaré en recuperar la memoria? —preguntó Claire nerviosa—. La voy a recuperar, ¿verdad?
—Por supuesto, en cualquier momento. Si solo ha sido por un golpe en la cabeza, volverá en pocos días...
—¿Qué quiere decir ese si? ¿Es que puede haber sido otra cosa?
—Sí —contestó el médico sinceramente—. A veces, cuando una persona ha estado sometida a un estrés emocional enorme, su cerebro decide desconectar porque ya no puede más.
—¿Cree que eso ha podido ser lo que me ha pasado a mí?
—Pueden haber sido las dos cosas, un golpe muy fuerte en la cabeza y el trauma emocional, pero, por lo que dicen los testigos, usted estaba discutiendo con el conductor de otro coche, así que me inclino a pensar que ha sido por el golpe.
Claire aceptó las palabras del doctor Phipps. No tenía elección. Parecía un hombre inteligente, así que decidió confiar en él.
—¿Y mi familia? ¿Saben que estoy aquí?
—Ya le he dicho que tiene que descansar. Deje a su cerebro recuperarse un poco.
—Muy bien —dijo Claire cerrando los ojos y sintiéndose repentinamente muy cansada.
Cuando se despertó, estaba sola. Se miró la mano derecha y comprobó que tenía dedos largos y elegantes, pero que las uñas le habían crecido bastante y pensó que no le iría mal una lima.
Se sentía esperanzada por las palabras del doctor Phipps. Pronto

recuperaría la memoria. De todas formas, le parecía que aquello de preocuparse por tener las uñas demasiado largas no iba con ella. Aquello la esperanzó.

Se miró la mano izquierda y... ¡se despertó de repente! ¡Lucía un precioso anillo de compromiso! ¡Se iba a casar!

¿Con quién? ¿No sería con el otro hombre? Lo recordaba sentado junto a su cama día tras día.

Sintió pánico. ¿Cómo era posible que no recordara que se iba a casar? ¿Y si nunca recuperaba la memoria?

Iba a llamar a la enfermera, cuando llamaron a su puerta. Sintió un gran alivio. Prefería tener compañía a estar sola.

Sin embargo, cuando vio de quién se trataba, se asustó.

—¿Tanto miedo doy? —dijo el hombre alto con el que creía estar prometida.

En dos zancadas, estaba junto a su cama son—riéndola y haciéndola sentir mejor.

—¿Me voy a... casar contigo?

El hombre se sentó en una silla.

—El anillo que llevas es mío, sí.

Claire lo miró fijamente. Si se iba a casar con él, obviamente, lo amaba. Sin embargo, mirándolo, no sentía nada. Menos mal que no la había besado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó mirándose en sus ojos grises.

—Tye —contestó sonriente—. Tye Kershaw, a tu servicio.

Claire se encontró sonriendo también.

—Creo que me podrías gustar —dijo sin pensar—. Perdón —se disculpó dándose cuenta de que lo que él querría sería amor y no simpatía—. No recuerdo nada, aunque...

—¿Has recordado algo? —preguntó Tye muy serio.

Claire negó con la cabeza.

—Me he fijado en mis manos por primera vez esta mañana. Me tengo que cortar las uñas. No sé por qué, tengo la sensación de que no las solía llevar tan largas —dijo dándose cuenta de algo—. ¡No sé cómo soy! —exclamó—. ¿Soy fea?

—No, eres muy guapa —contestó Tye.

—Lo dices porque te vas a casar conmigo, ¿verdad? ¿Hay un espejo por ahí?

Tye se levantó y abrió la puerta del baño.

—El doctor Phipps me ha dicho que quiere que empieces a dar paseos esta tarde, así que vamos a empezar —dijo tomándola en brazos con cuidado.

Al sentir sus fuertes manos a través del camisón, Claire se sonrojó, pero pronto se olvidó al verse en el espejo.

—Dijiste... que era... guapa —balbuceó.

—Teniendo en cuenta la cantidad de, heridas y moratones que te has hecho por todo el cuerpo... por no hablar de tu cabeza, claro —contestó Tye—. Eres guapa y, en cuanto te hayas recuperado, volverás a ser la impresionante mujer de siempre.

Claire lo miró. Tenía una boca preciosa. Se le antojaba imposible haberla besado, haber besado a un hombre tan sofisticado, tan seguro de sí mismo y con aquel halo de saber muy bien lo que quería en la vida.

Sin embargo, estaba prometida con él, así que era obvio que lo habría besado... incluso habría hecho el amor con él. Ante aquel pensamiento, se volvió a sonrojar.

Nerviosa, se tocó el pelo rubio.

—¡Quiero volver a la cama! —clamó de repente.

Tye la miró y, obviamente, se dio cuenta de que se había sonrojado.

—Tranquila —le dijo saliendo del baño y dejándola en la cama —. Sé que estás muy nerviosa, pero todo se va a solucionar, te lo prometo —le aseguró arropándola.

—¿Siempre he sido tímida contigo? Quiero decir... ¡no tengo ni idea de cómo me comportaba contigo! Debería sentirme cómoda en tu compañía, ¿no?

—No estaría tan seguro. Supongo que te parezco un perfecto desconocido.

—Gracias por ser tan comprensivo —sonrió Claire.

—Eres un amor —sonrió él.

De repente, Claire se dio cuenta de que se sentía cómoda con él, pero no pudo evitar bostezar.

—Perdón, es que no aguanto más de diez minutos seguidos despierta.

—Muy bien, muy bien, pillo la indirecta —bromeó él—. Aprovecharé para ir un rato a la oficina y trabajar un poco.

Y se fue. Sin besarla. Menos mal. Le estaba agradecida por ello.

Efectivamente, era un desconocido y bastante tenía ella con lo que tenía como para que, encima, la besara.

Se dio cuenta de que Tye Kershaw la disturbaba. En su presencia, se había sentido tímida, tensa, nerviosa y cómoda. ¡Y se había sonrojado dos veces en diez minutos! ¿Se habría sonrojado siempre con tanta facilidad?

Recordó la imagen que le había devuelto el espejo. Una mujer joven de ojos azules, nariz fina y boca agradable. Parecía tener veintipocos años. Tenía que preguntarle a Tye... Se quedó dormida.

Se despertó hecha un lío. Tye se había ido a la oficina. ¿En qué trabajaría? ¿Cómo se habría enterado de que estaba en el hospital? ¿Habría quedado con él cuando había tenido el accidente? ¿Habría estado cerca de donde habían quedado y Tye habría ido en su ayuda? Tye...

Dejó de pensar en él cuando una enfermera le llevó el bolso que habían encontrado en su coche. Era de calidad, pero, tras comprobar su contenido, un pintalabios, un colorete y un monedero, no recordó nada.

Durante la semana siguiente, se recuperó bastante. Tanto que el doctor Phipps, que cada vez iba menos a verla, hablaba de darle el alta.

Claire se encontraba mejor, pero todavía le quedaba un largo camino antes de recuperar las fuerzas al cien por cien. Aquello dé salir del hospital le producía vértigo. Una parte de ella quería salir y ver el mundo y otra se moría de miedo.

Tye la iba a ver casi todos los días, pero no todos porque a veces tenía que ausentarse de Londres por motivos de trabajo. Hasta entonces, Claire no había sabido en qué lugar del mundo se encontraba.

Tye le había contado cosas, pero no todo. Suponía que porque contarle todo de golpe no era bueno

Le había preguntado por su trabajo y Tye no había mostrado ninguna reticencia a hablar sobre ello.

—Soy analista financiero y tengo una empresa de consultoría —le había dicho.

Su empresa se llamaba Kershaw Research and Analysis, tenía un equipo de primera trabajando para él y, por lo visto, les iba muy bien.

Claire quiso saber a qué se dedicaba ella y Tye le dijo que, en el momento del accidente, no estaba trabajando, que se había ido de un trabajo y estaba buscando. Claire insistió un poco más, pero él cambió de tema.

—¿Cómo nos conocimos?

Tampoco aquella pregunta obtuvo una respuesta plenamente convincente. Por lo visto, su relación había comenzado con un flechazo. Era lo único que le había contado. El doctor Phipps le debía de haber dicho que no le contara demasiadas cosas.

El domingo estuvo esperando todo el día a que fuera a verla, pero no fue. Claire pensó que estaría trabajando. Al fin y al cabo, era el jefe de la empresa, lo que quería decir que no había fines de semana si había trabajo por hacer.

Una pena porque quería verlo. Además, le iban a dar el alta y no sabía dónde ir. No sabía dónde vivía. Preguntó a las enfermeras y a los médicos, pero ellos tampoco lo sabían o no se lo quisieron decir.

Llevaba un rato sentada en una butaca y decidió volverse a la cama porque le dolía todo el cuerpo.

También había querido saber sobre su familia. Tye le había dicho que sus padres estaban de viaje en América del Norte. Había decidido no llamarlos porque, dado que su falta de memoria no era una cuestión de vida o muerte, no le había parecido bien interrumpir sus vacaciones.

A Claire le pareció bien porque no se acordaba de ellos. Por lo visto, no tenía hermanos, era hija única.

La idea de abandonar la clínica le daba pavor porque allí estaba acompañada por el personal, pero la atormentaba la posibilidad de que otra persona necesitara su plaza.

¿Y dónde iría? No sabía dónde vivía. ¿En una casa? ¿En un piso?

Justo cuando se había empezado a poner nerviosa y estaba rallando la histeria, se abrió la puerta y apareció... Tye.

—¡Cuánto me alegro de verte! —gritó con lágrimas en los ojos.

Avergonzada, apartó la mirada.

—Eh, ¿qué pasa? —dijo Tye yendo hacia ella, sentándose en el borde de la cama y pasándole el brazo por los hombros—. ¿Qué te pasa? —le preguntó agarrándola la cara con la otra mano y obligándola a mirarlo.

Le hablaba con tanta dulzura que Claire sintió que se derretía

por dentro.

—El doctor Phipps ha dicho que tengo que volver para un chequeo, pero que me van a dar el alta —gimoteó.

Tye la miró a los ojos.

—Te la dan… mañana —le dijo.

—¿Mañana? ¿Has visto al doctor Phipps?

—He hablado con él por teléfono —contestó Tye sonriente—. ¿Por qué estás tan triste? ¿Por qué lloran esos preciosos ojos azules?

—¡Porque no sé dónde vivo! —confesó dándose cuenta de que cada vez le gustaba más aquella sonrisa.

—Oh, pequeña —dijo Tye abrazándola.

—¿Dónde vivo? —lo instó—. Nadie me lo dice.

Tye no contestó.

—¿Vivo contigo, acaso? —preguntó asustada—. ¿Duermo contigo?

—Sss… —dijo Tye apartándose y levantándose de la cama—. Estás haciendo muchos progresos —le dijo sonriendo de nuevo—, pero aún te queda mucho para poder dormir con nadie. Además, le he prometido al doctor Phipps que, por mucho que me lo pidas de rodillas, no te voy a hacer el amor una vez en casa.

Aquello la hizo reír y tuvo la sensación de que hacía mucho tiempo que no se reía así.

—Tienes una risa preciosa, como tu voz —dijo Tye mirándola como si fuera la primera vez que la oyera reír.

Claire supuso que había pasado mucho tiempo.

—¿Dónde vivimos? —le preguntó.

—En un pueblecito de Hertfordshire —contestó Tye—. El doctor Phipps cree que te vendrá mejor para recuperarte la tranquilidad del campo que el ajetreo de Londres.

—¿También tienes casa aquí?

—Sí, tengo un piso, pero hace poco heredé la casa de mi abuela, Grove House.

—¿He estado en esa casa antes?

Tye negó con la cabeza.

—Va a ser comenzar de nuevo para ti. Allí, no conoces a nadie y nadie te conoce. Así, no tendrás que preocuparte por si has saludado a alguien en la panadería a quien conocías o no —bromeó.

Claire sonrió pensando que no era muy probable que fuera a la

panadería así como así porque apenas podía andar sin marearse.

—¿Tu abuela ha muerto?

—Hace unos meses, sí.

—Lo siento. ¿La conocía?

—No —contestó Tye—. Creo que Shipton Ash te va a encantar.

—¿Cómo es?

—Es muy pequeño. Tiene una sola tienda, un bar y unas cuantas casas.

—¿Y voy a estar sola allí? —preguntó preocupada.

—Yo te acompañaré todo lo que pueda —le prometió Tye—, pero no me mires así, dormiremos en habitaciones separadas. Cuando yo no esté, llamaremos a Jane Harris, el ama de llaves de mi abuela, para que vaya a dormir contigo.

—Lo has arreglado todo, ¿verdad? Mientras yo estaba aquí, tú te has ocupado de tenerlo todo listo para cuando saliera.

—Sí, soy un poco egoísta, ya lo sé. Te quería solo para mí — sonrió Tye.

—No eres egoísta en absoluto —dijo Cĺaire—. Has venido a verme casi todos los días.

Debía de ser porque la quería, claro.

—¿Me quieres? —le preguntó de repente—. ¿Te quiero yo a ti? —añadió confusa.

—Me parece que, de momento, será mejor que solo seamos amigos.

—Ah —murmuró Claire—. ¿Quieres que te devuelva el anillo de pedida?

—¡No! —contestó Tye agarrándole la mano al ver que hacía el amago de quitárselo—. No quería decir eso —le aseguró—. Lo que quería decir era que, hasta que estés completamente bien, me parece mejor que nuestro compromiso pase a un plano platónico.

—Un compromiso platónico, ¿eh? —dijo Claire mirándolo a los ojos—. Me gusta la idea —añadió poniéndose en pie.

—Te dejo para que descanses —dijo Tye—. Mañana va a ser un día duro para ti.

—¡Ropa! —exclamó Claire.

—Está todo bajo control —contestó Tye—. Duerme —dijo yéndose.

Claire permaneció despierta un buen rato tras su partida. Miró

varias veces el anillo de pedida. Un compromiso platónico. Sonrió. Aquel prometido platónico suyo era agradable, la verdad. Le caía bien.

Quería recuperar la memoria cuanto antes. No solo por ella sino también por Tye. Quería recordar cosas de él y de su relación. Lo que hacían, dónde iban, de lo que hablaban. Quería recordarlo todo, incluso su restaurante preferido.

Recordó lo que había sentido cuando la había tomado en brazos aquel día para conducirla ante el espejo y se encontró queriendo recordar también sus momentos más íntimos.

Sin duda, estando prometidos y viviendo juntos, se acostaban. Sin embargo, no recordaba el más mínimo detalle y Tye no parecía tener prisa ni siquiera por besarla—Por eso, precisamente, era el mejor prometido platónico del mundo. Por primera vez desde el accidente, se durmió con una sonrisa en los labios.

Al día siguiente, lo volvió a ver a las dos de la tarde. Apareció con una maleta en la que había vaqueros, pantalones, camisas y ropa interior. Todo parecía nuevo.

—Esto no es lo que llevaba puesto cuando ingresé, ¿no?

—No —contestó Tye—. La ropa que llevabas quedó destrozada. Además, los médicos la cortaron para saber por dónde sangrabas.

—Se preocuparon mucho por mí, ¿verdad? Me han cuidado muy bien —dijo agradecida.

—Voy a buscar a una enfermera para que te ayude a vestirte —anunció.

Beth Orchard la ayudó a vestirse y Claire se maravilló de lo débil que estaba todavía.

—Es porque ha estado mucho tiempo tumbada —le dijo la enfermera.

Claire dio las gracias a todo el mundo y abandonó la clínica del brazo de Tye. Estaban en octubre y hacía buen tiempo aún. Claire se sintió de maravilla al sentir una ligera brisa en la cara y en el pelo.

Tye andaba lentamente. Para cuando llegaron a su precioso jaguar, Claire estaba exhausta.

Tye la metió dentro en brazos y Claire se lo agrá—deció. Qué bueno era estar fuera y sentirse un ser humano y no una paciente. Quería verlo todo. En cuanto el coche se puso én marcha, no paró

de mirar por la ventanilla. Tal vez, algo le hiciera recordar.

Sin embargo, al poco rato se quedó dormida. Se despertó, miró a Tye, se sonrieron y se volvió a quedar dormida.

Cuando se volvió a despertar, vio un cartel que anunciaba Shipton Ash.

—¡Estamos llegando! —exclamó preocupada—. ¿Va a estar Jane Harris en casa? —añadió sintiéndose repentinamente agobiada.

—Eso espero —contestó Tye muy tranquilo—. Mato por una taza de té.

Claire se sintió mejor al instante.

—Perdón —se disculpó.

Tye se bajó del coche y abrió una gran verja de hierro. Claire observó anonadada el camino jalonado de árboles a ambos lados que llevaba hasta la maravillosa mansión.

Cuando Tye se volvió a meter en el coche y lo puso en marcha, se lo fue a decir, pero...

—A mi madre le encantaban los árboles —dijo mirándolo estupefacta.

—¿Qué recuerdas? —le preguntó él.

—¡Solo eso! He dicho que le encantaban... en pasado —dijo nerviosa—. Tye, me habías dicho que mis padres estaban de vacaciones. ¿Está muerta? ¡Tye, por favor, cuéntame la verdad!

Capítulo 2

Tye la miró a los ojos.

—Entremos —dijo conduciéndola al interior de la casa.

A Claire le había empezado a doler la cabeza. No sabía de dónde había salido aquel recuerdo, pero allí estaba. Era un hecho: a su madre le encantaban los árboles.

Jane Harris debía de haber oído el coche porque los estaba esperando con la puerta abierta. Era una mujer corpulenta de unos cincuenta años y sonrisa fácil.

Tye las presentó y añadió rápidamente que Claire había tenido un día muy duro y que la iba a acompañar a sü dormitorio.

—Sus habitaciones están preparadas —dijo Jane—. ¿Quieren que les suba un té?

—Sí, por favor, Jane —contestó Tye—. No creo que puedas subir sola, así que... —añadió tomando a Claire en brazos como si no pesara nada.

—¡Puedo andar! —protestó ella a pesar de que se sentía cansadísima.

Al sentirse apoyada en su pecho, Claire tuvo la sensación de que algo iba mal, realmente mal.

En cuanto llegaron a su habitación y Tye la había acomodado en la cama, Claire insistió en que le hablara de su madre.

—Háblame de mi madre, Tye.

Tye la miró a los ojos de nuevo y se lanzó.

—Lo cierto es que... no sé nada sobre tu madre.

—¿Cómo? ¿No la conocías?

—No.

—Pero... Me habías dicho que estaban de vacado... El doctor Phipps y tú os habéis puesto de acuerdo, ¿verdad? Es mejor decirme

eso a que mi madre está muerta.

—El doctor Phipps no quería que te preocuparas por nada —contestó Tye—. Sinceramente, creo que ya has tenido bastante por un día. Voy por tu maleta y Jane subirá a ayudarte a ponerte el camisón.

—¿Y si me acuerdo de algo más? —preguntó Claire presa del pánico de repente.

—No me voy lejos, solo al coche —la tranquilizó Tye.

Al momento, llegó Jane con el té.

A Claire le cayó bien la mujer desde el principio. Estaban tomándose una taza y tuteándose ya cuando llegó Tye con la maleta.

—Os dejo para que...

—No te vayas... —lo interrumpió Claire sintiéndose perdida sin él—... todavía.

Tye sonrió.

—No tengo prisa por volver a Londres, tranquila.

Mientras Jane deshacía la maleta, Claire se fue quedando dormida sin darse cuenta. Se despertó al poco con la cabeza dándole vueltas. A su madre le gustaban los árboles y estaba muerta.

Cuando volvió Jane con la cena, estaba exhausta de tanto pensar. Intentó tomarse el guiso que el ama de llaves le había preparado, pero apenas tenía apetito. De repente, tuvo la desagradable sensación de que estaba molestando a todo él iifundo.

Pensó en, por lo menos, bajar la bandeja a la cocina, pero, en ese momento, volvió el ama de llaves.

—¿No tienes hambre? —le preguntó observando lo delgada que estaba—. Me parece que va a ser inútil intentar hacer que engordes.

—Lo siento —se disculpó Claire dándose cuenta de que, definitivamente, era una mujer delgada—. Estaba muy bueno.

—Voy a bajar la bandeja, recojo y me voy —anunció Jane—. ¿Quieres algo?

—¿No te quedas a dormir? —preguntó Claire alarmada.

—Tye está aquí —la tranquilizó arropándola—. No te preocupes por nada. Es normal que te sientas insegura de vez en cuando, pero te vamos a cuidar y te vas a poner bien —le aseguró.

Claire consiguió controlar el ataque de pánico y sonrió.

—Además de cocinera con tres estrellas michelín, eres una maravillosa enfermera —le dijo.

—Una enfermera con mucha experiencia y una cocinera normalita —rio Jane.

—¿Eres enfermera de verdad?

—Sí, lo tuve que dejar por una lesión de espalda, pero me encantaba —contestó Jane—. Entonces, dio la casualidad de que la señora Kershaw estaba buscando un ama de llaves con conocimientos de enfermería. Entonces, no estaba enferma, pero era delicada y tenía una úlcera —sonrió—. Ya estoy hablando demasiado, como de costumbre.

En cuanto Jane salió de su habitación, Claire se dio cuenta de que estaba agotada. No había hecho mucho, pero no podía con el cansancio que la embargaba.

Se despertó sobresaltada al notar una presencia en la habitación. Efectivamente, era un hombre y estaba inclinado sobre la cama.

—¡Fuera! —exclamó con las pocas fuerzas que tenía—. ¡Cómo se atreve a entrar! —gritó levantándose de la cama.

—Cariño, soy yo.

Al reconocer la voz de su prometido, se tranquilizó.

—Oh, Tye —sollozó avergonzada—. No sabía que eras tú —añadió sentándose en el borde de la cama agotada.

Tye se sentó a su lado y la abrazó.

—Estás bien, querida. Yo estoy contigo. Nada ni nadie te va a hacer daño —la tranquilizó.

—¿Me han hecho daño? ¿Un hombre, acaso? —le preguntó con los ojos turbados.

—No lo sé —contestó Tye.

—El doctor Phipps me explicó que la amnesia puede ser por el accidente, pero también porque mi cerebro no quiera recordar adrede, porque se haya bloqueado como sistema de protección.

—Eso tengo entendido.

—¿Te lo ha dicho él?

—Claro, le dije que quería saberlo todo.

Claire lo creía. Tye parecía de ese tipo de personas. Suspiró y se dio cuenta de que estaba temblando. Él también debía dé haberse dado cuenta porque la estaba abrazando más fuerte.

Cuando los demonios del pasado la abandonaron, Claire se dio

cuenta de que solo llevaba un camisón casi transparente y de que un tirante se le había bajado. Se apartó avergonzada.

—Te estát quedando fría —dijo Tye sonriendo.

Claire se sonrojó al darse cuenta de que tenía los pezones erectos.

—Lo siento —dijo porque no sabía qué decir.

Se miraron a los ojos.

—Bueno, al menos vas teniendo mejor color —bromeó Tye y Claire creyó entender por qué se había enamorado de él— Será mejor que volvamos a la cama porque son casi las doce de la noche.

Se quedó con ella un buen rato, sentado en una silla junto a su cama y dándole conversación.

—Jane cocina bien, ¿verdad? —comentó Tye.

—Sí, el guiso que me ha preparado para cenar estaba delicioso. Lo bueno de los guisos es que los puedes dejar hechos y, si tienes un día ajetreado, al llegar a casa tienes la cena lista —contestó Claire —. ¿Cómo lo sé? ¿Solía cocinar?

—Siempre fuiste algo más que una cara bonita —dijo Tye—. ¿Te importa que me vaya a la cama?

—Claro que no.

—Si me necesitas, estoy al otro lado del pasillo —la informó—. Voy a dejar la puerta abierta, así que si quieres me llamas y…

—Oh, Tye, lo siento, soy una lata, ¿verdad? Supongo que estarás deseando volver a Londres…

—¿Cómo iba a querer volver a Londres teniendo a mi chica aquí?

¿Era su chica? Bueno, eso la dejaba más tranquila.

—Estoy al otro lado del pasillo, ¿eh? —le recordó.

—¡Tye! —lo llamó cuando él ya estaba en la puerta—. ¿Me das un beso?

—Yo…

—¡Perdón! —se apresuró a disculparse—. ¡Dios mío, me paso el día pidiendo perdón! Es que no me acuerdo de cómo besas y…

—Te mueres por que te bese, claro —bromeó haciéndola reír—. ¿Me prometes no abalanzarte sobre mí?

—Se lo prometo, capitán —bromeó Claire también cuadrándose.

Tye se acercó y le dio un beso de lo más casto y dulce en los labios.

—¿Bien? —preguntó Tye.

Claire, con el corazón acelerado y deseosa de efectivamente abalanzarse sobre él y rogarle que la besara de manera no tan casta y dulce, no se había sentido tan bien en la vida.

—Sí —contestó sinceramente—. Buenas noches, Tye.

—Que duermas bien —dijo él saliendo de su habitación.

Y durmió bien, sí, pero se despertó pronto. Se sentía muy bien, el cuerpo no le dolía y la cabeza no le daba vueltas. Entonces, ¿qué hacía en la cama?

Aún no había amanecido y Claire tuvo la sensación de que su vida era ajetreada. Le parecía completamente fuera de lugar quedarse en la cama cuando podía levantarse y hacer algo de provecho.

¿Pero qué? Nada. Además, tenía que recuperar fuerzas. ¿Y esperar un par de horas a que Jane le subiera el desayuno?

Pensó en Tye, que estaba al otro lado del pasillo, y se preguntó cuánto tiempo haría que nadie le subía el desayuno a la cama. ¿Se lo subiría ella normalmente? ¿Después de hacer el amor, quizás?

Intentó no pensar en ese tipo de cosas, pero se sonrojó al recordar el beso de la noche anterior.

Se levantó decidida a moverse un poco. Para empezar, decidió darse Un baño sola, algo que no le habían permitido todavía. Puso el tapón y abrió los grifos. Solo eso la dejó sin fuerzas y tuvo que sentarse en un taburete mientras la bañera se llenaba.

Cinco minutos después, estaba metida en el agua muy orgullosa de sí misma. Adiós a los días en los que alguien la tenía que acompañar a bañarse. Lo había conseguido sola. No tenía que haber esperado a Jane,

Se enjabonó y se dio cuenta de que todavía tenía algunos moratones. Pensó que había tenido mucha suerte de no haberse roto nada en el accidente. Se enjuagó y se quedó un rato con los ojos cerrados, pensando...

Pensó en su madre y se preguntó qué habría sido de su padre. ¿Su madre habría muerto hacía poco o hacía mucho? ¿Se habrían querido sus padres? ¿Estarían divorciados por el contrario? Darle vueltas a aquel tema no le iba bien. Le estaba empezando a doler la cabeza. Había una barrera y no podía sobrepasarla.

Se puso a pensar en su reacción cuando se había despertado y se

había encontrado a Tye en su habitación. Probablemente, había ido a ver si estaba dormida. Pobrecito, él todo preocupado y ella gritándole.

¿La habría atacado un hombre? No quería saberlo. Por una vez, se alegró de estar amnésica.

Salió de la bañera y, «n lugar de aterrizar sobre los pies en el suelo, lo hizo con todo el cuerpo. Se había desplomado sin darse cuenta. Su cuerpo, obviamente, estaba exhausto.

Se quedó allí unos minutos, recuperando fuerzas y, por fin, pudo sentarse. Todavía se tenía que secar...

En ese momento, oyó que abrían la puerta de su dormitorio. Estupendo, había llegado Jane. Pero no era de Jane la voz que oyó.

—No me parece muy buena idea que te hayas metido en el baño sola —dijo Tye desde el otro lado de la puerta.

—¡Ni se te ocurra entrar! —le advirtió.

—¿No te habrás mareado?

—j Yo nunca me mareo! —mintió.

—Has estado enferma—le recordó.

—¡Sí, pero ya no lo estoy y quiero que te vayas!

¿Por qué lo estaba tratando tan mal? Tye no había hecho más que desvivirse por ella. No se merecía semejante trato. Además, no era cierto que estuviera bien del todo.

—¿Sigues ahí? —preguntó avergonzada.

—Me voy a quedar aquí hasta que salgas de la bañera.

—Ya estoy fuera de la bañera.

—¿Estás bien?

—Pues claro —contestó Claire intentado ponerse en pie. Las piernas se le doblaban— ¿Está... Jane por ahí? —preguntó intentando sonar natural, pero con lágrimas en los ojos.

No llegaron a resbalarle por las mejillas porque la impresión de ver a Tye abriendo la puerta del baño la dejó paralizada. Lo miró fijamente mientras tomaba una toalla y se la colocaba sobre los hombros.

Avergonzada, intentó taparse los pechos, pero él ni la miró.

—¿Hoy viene Jane? —insistió.

—Sí, pero más tarde. Hasta entonces, vas a tenerte que conformar conmigo —contestó Tye—. No te muevas. Ahora vuelvo.

En un abrir y cerrar de ojos, había vuelto con más toallas.

—Haz como si fuera tu mejor amiga —dijo quitándole la toalla mojada y envolviéndola en otra.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

—Me siento como una idiota —dijo con lágrimas de nuevo en los ojos.

—No me irás a llorar en el hombro, ¿eh?

—¿Por quién me tomas?

—Por una mujer adorable —contestó Tye sentándola en el borde de la cama—. Por una mujer adorable que está intentando desenvolverse lo mejor que puede en un mundo que le resulta extraño.

—¡Oh, Tye! —sollozó—. Perdona por haberte hablado así antes. No me puedo creer que esté tan débil…

—Has sufrido un grave accidente. No esperamos que te pongas a hacer aerobic nada más salir del hospital —la tranquilizó secándole la espalda—. ¿Estás cansada?

Claire asintió.

—Métete en la cama —le dijo arropándola.

—Eres muy especial —consiguió sonreír antes de cerrar los ojos.

—Tú, también —le oyó decir a lo lejos.

Se despertó y se encontró desnuda. ¿Qué había pasado? ¿Y su camisón? ¿Qué hacía allí aquella toalla? Su cerebro le recordó lo que había sucedido.

Decidió levantarse y vestirse, pero, como si le hubieran leído el pensamiento, llamaron la puerta.

—¡Pasa!

Se avergonzó al ver que era Tve.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las diez y pico —contestó—. ¿No quieres… ?

—¿No deberías estar trabajando? —lo interrumpió sintiéndose culpable por mantenerlo alejado de sus obligaciones.

—Es lo bueno que tiene ser el jefe, ¿sabes? —contestó Tye sentándose en el borde de la cama—. Me puedo tomar un día libre si quiero.

—¡Pero el trabajo se resentirá! —protestó Claire pensando que era encantador.

—No, claro que no —le aseguró—. He instalado un despachito en la biblioteca de mi abuela y ya está.

Claire lo miró en silencio. Le había dicho que su abuela había muerto y, de repente, sintió pena por él porque estaba segura de que la quería mucho.

Alargó la mano para tocarlo y, al hacerlo, se le cayó la toalla.

—¡Oh! —exclamó tapándose con las sábanas—. ¿Es que no me queda vergüenza? Debe de ser que se me ha acabado en el hospital, con todos esos médicos y enfermeras que me han visto desnuda...

Tye sonrió.

—Sí, estás hecha toda una sinvergüenza —bromeó—. Por eso te sonrojas tan a menudo, ¿verdad? ¿Qué va a ser lo siguiente que hagas?

Claire sabía que se estaba refiriendo a su incursión a solas en el baño.

—Lo siento, no debería haberme metido en el baño sola y...

—¿Cómo? ¿Y mi maravilloso rescate qué?

Claire sintió que se volvía a sonrojar.

—¿Siempre me he sonrojado tanto? ¿Incluso antes de acostarnos? —preguntó sonrojándose todavía más al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Tye se quedó mirándola perplejo, pero sonrió.

—Siempre has sido una delicia —contestó—. El doctor Phipps ha dicho que te tomes las cosas con tranquilidad y que esta tarde intentes andar por el pasillo diez minutos —añadió muy serio.

—¿Has hablado con él?

—Por supuesto —contestó Tye—. Para contarle que habías recordado que a tu madre le gustaban los árboles y que te asustaste cuando entré en tu habitación anoche.

Claire suspiró.

—No quiero ocasionarte más molestias.

—¡Bien! ¿Eso quiere decir que me vas a obedecer en todo? —sonrió.

—¡Ni en sueños! —rió Claire haciéndolo reír a él también—. Creo que me voy a levantar.

—¿Te traigo algo de ropa?

—Sí, gracias, me voy a vestir.

—Mejor será —dijo Tye abriendo un cajón y sacando su ropa interior. Además, le llevó un pantalón y una camisa—. ¿Te ayudo? —dijo mirándola picarón con las braguitas y el sujetador en la

mano.

—¡Todavía me queda algo de vergüenza! —sonrió Claire.

—Bueno, entonces, creo que no me queda más remedio que bajar a hacer el desayuno —suspiró y se fue.

Claire se quedó mirando la puerta y se dio cuenta de que había muchas cosas sobre sí misma que no sabía. Se miró la mano en la que lucía el anillo de pedida y, aunque no recordaba haber querido a Tye Kershaw, se dijo que era un hombre al que no le extrañaba haber amado.

Tardó un buen rato en vestirse, pero se sintió orgullosa de sí misma, de verse en pie y fuera de la cama, donde no tenía intención de volver en un buen rato.

El desayuno resultó ser casi un bruñen.

—¿Me estás cebando? —protestó—cuando Tye le llevó beicon, huevos, judías y pan.

—Te recuerdo que esta tarde tienes un maratón —bromeó.

Eran casi las tres cuando volvió a aparecer por su habitación.

—¡Ya puedo yo sola!—le aseguró.

—Ya lo sé.

—¡Te estoy entreteniendo y quitando tiempo de trabajo!

—Lo tengo todo en el ordenador, ya lo haré esta noche.

—¿Sé manejar un ordenador? —le preguntó.

—Como todo el mundo hoy en día —contestó Tye—. Vamos, ha llegado el momento de moverse un poco.

Recorrieron el pasillo arriba y abajo unas cuantas veces y para ella fue, efectivamente, un maratón.

—Si sigues así de bien, sin forzar, tal vez podamos dar un paseo fuera a finales de esta semana —le prometió.

—¿Hoy es martes?

—Sí —le confirmó Tye.

—¿El viernes, entonces?

—Si te portas bien, sí —contestó Tye muy sonriente.

Claire quería seguir andando un poco más, pero Tye insistió en que no lo hiciera y ella obedeció. Había sido suficiente para un día.

La dejó en su habitación, sentada junto a la ventana. Desde allí, vio llegar a Jane y, al poco rato, estaba a su lado con una bandeja dé sándwiches y té.

—Una pequeña merienda para que aguantes hasta la cena —le

dijo.

—¡Menudo complot tenéis montado entre los dos! —bromeó Claire, que todavía estaba llena del bruñen.

Jane se rió.

—Has perdido peso en el hospital, ¿sabes? ¿Te apetece que te haga algo especial para cenar?

—¿Te vas a quedar unas horas?

—Sí, y mañana voy a venir antes. A las nueve de la mañana o así, después de pasear al perro de mi vecino.

Cuando Jane se fue, Claire se dio cuenta de que Tye le debía de haber contado lo ocurrido y le debía de haber pedido que fuera antes para ayudarla en el baño.

Se puso a pensar en él, en lo paciente que era, en lo poco que le pedía. La había visto desnuda y, sin embargo, le pedía a Jane que la ayudara en el baño. Se sonrojó al pensar que en el pasado incluso podía ser que se hubieran bañado juntos.

No lo recordaba. Intentó hacer memoria, pero no logró nada. Todo el mundo le decía que se tranquilizara, que iría recordando, pero no era así. ¿Cómo iba a tranquilizarse?

Se puso nerviosa y se levantó de la butaca. No podía más de tener el cuerpo débil y la mente en blanco. Fue hacia la puerta sin saber dónde iba a ir, pero sintiendo la imperiosa necesidad de salir de su dormitorio so pena de volverse loca.

Vio la escalera y, poco a poco, fue bajándola.

«¡Por Dios, parece que tengo cien años en lugar de veinti…», pensó.

¿Veinti cuántos? Ni siquiera lo sabía.

Cuando le quedaban tres escalones, se apoyó agotada en la barandilla de madera. Le dolía todo el cuerpo, pero se dijo que debía mantenerse optimista. No había hecho ruido, así que, ¿qué hacía Tye mirándola allí abajo?

—¿Qué demonios haces? —dijo yendo hacia ella y agarrándola.

—¡No! —gritó—. ¡Quiero hacerlo yo sola!

Tye la miró malhumorado y exasperado, pero dio un paso atrás.

Claire reunió las pocas fuerzas que le quedaban y, apoyándose con fuerza en la barandilla, consiguió llegar abajo.

Levantó la vista del suelo y sintió que la embargaba la adrenalina. ¡Lo había conseguido! Le pareció ver que Tye estaba

admirado aunque no quisiera admitirlo.
—¿Ahora sí? —le dijo.
Le estaba preguntando si le dejaba ayudarla ya. La otra alternativa era caerse de bruces al suelo.
—Ahora sí —contestó riendo triunfal.
Tye se acercó, la tomó en brazos y la llevó al salón, donde la dejó en un sofá.
—¿Qué voy a hacer contigo?
—No te enfades —le suplicó—. Estaba... —se interrumpió avergonzada de contarle sus preocupaciones. Ya tendría él bastante con las suyas.
—¿Sí?
—Necesitaba salir de mi habitación. Me estaba volviendo loca —dijo con voz trémula—. Intenté recordar, pero... nada.
—Oh, cariño —murmuró Tye sentándose a su lado—. Me siento impotente por no poder ayudarte. Lo único que te puedo decir es que el doctor Phipps cree que tienes muchas posibilidades de ir recobrando la memoria en breve.
—Eso espero.
—Ya verás como sí —dijo Tye cambiando de tema—. Lo has hecho muy bien con las escaleras. ¿Lo vas a repetir? —bromeó.
A Claire le encantaban sus bromas y su sentido del humor y se encontró pensando que podría enamorarse de aquel hombre.
—Por supuesto —contestó—. ¿Te importa que me quede aquí un rato?
—Claro que no. Comprendo que el cambio de aires te viene bien.
—Tú vuelve a trabajar.
—¡Eres una negrera! ¡Menos mal que no trabajo para ti!
Claire sonrió.
—¿Seguro que estás bien si te dejo un rato?
—Seguro.
—Si pones los pies en alto y descansas un rato, puede que te permita cenar en el comedor.
Claire se quitó los zapatos, se tumbó en el sofá y cerró los ojos. A los pocos segundos, abrió uno y vio que Tye la observaba. Sonrió y se fue.
La cena fue agradable. Claire se empeñó en caminar hasta el

comedor y lo consiguió. Le dio un tremendo placer sentarse a una mesa. Hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Conozco a tu familia? —le preguntó.

—Conoces a Miles, mi hermanastro, pero no a Paulette, su exuberante mujer.

—¿Y a tus padres?

—Mi madre se fue de casa cuando yo era pequeño y apenas la recuerdo.

—¿Te crió tu abuela? —aventuró.

—Viví con ella entre semana y los fines de semana, con mi padre. Cuando se volvió a casar, quiso que me fuera a vivir con él y su nueva esposa.

—¿Le fue bien en su segundo matrimonio?

—Sí. Anita es un poco mayor que él y tiene un hijo diez años mayor que yo, pero a mí siempre me ha tratado como si también lo fuera.

—¿Os lleváis todos bien?

—Muy bien.

—Qué bonito —sonrió Claire—. Así que todos erais felices, incluida tu abuela.

—Bueno, yo no diría tanto.

—¿Yeso?

—Ya sabes, pasa hasta en las mejores familias. A la abuela no le caía muy bien Anita.

—Ah —murmuró Claire no queriendo preguntar los detalles de lo que suponía un tema espinoso—. ¿Y no tienes más hermanos? ¿Tienes alguna herm...? —se interrumpió de repente.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada, estoy bien... Tye, ¿tengo una hermana?

Lo miró a los ojos. Necesitaba saberlo. Tye no contestaba.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque creo que la tengo —contestó Claire—. Acabo de ver a dos niñas, una mayor que la otra, en la playa. La pequeña se hizo una herida en el pie y... ¡Tye, tengo una cicatriz en el pie!

—Sí, lo sé, te debieron de dar un par de puntos.

—¿Tengo una hermana? —insistió—. ¿Alguien que se preocupe por mí?

—Claro que sí cariño —contestó Tye agarrándole las manos—.

Yo me preocupo por ti —la tranquilizó.

Capítulo 3

—Oh, Tye —sollozó Claire. Era un gran alivio oírle decir que se preocupaba por ella, pero necesitaba saber más—. ¿Tengo una hermana?—insistió.

—No lo sé —contestó Tye tras mirarla en silencio—. No sé si tienes una hermana.

—¿Nunca te dije si tenía una hermana?

—No.

A Claire le pareció raro.

—Tal vez, no sé, mi familia no se llevaba bien y por eso no te hablaba mucho de ella —dijo intentando buscar una respuesta.

—Podría ser —murmuró Tye—. De todas formas, vas recordando cosas. Eso es bueno —sonrió.

—Ojalá el proceso fuera un poco más rápido —dijo llorando de nuevo—. Me voy a ir... a la cama —añadió agotada y desanimada.

Tye miró el plato de Claire, que estaba a medias, pero no insistió para que terminara de cenar. Aceptó que hubiera perdido el apetito y la dejó partir.

—Muy bien, vamos, amor mío —dijo levantándose.

La tomó en brazos sin que Claire se opusiera. No se encontraba con fuerzas para subir las escaleras, la verdad.

—Te prometo que mañana me voy a portar mejor —dijo en la puerta de su dormitorio sintiéndose culpable.

—No tengas prisa por hacer promesas. A lo mejor, mañana no las cumples —le advirtió él.

Claire se rió. Le gustaba su sentido del humor.

—¿Quieres que me quede?

Claro que quería. Le gustaba tenerlo cerca, le caía bien y, además, se sentía más segura. Sin embargo, recordó que le había

dicho que trabajaría por la noche. Ya le había robado bastante tiempo.

—No, no —contestó—. Estoy bien, de verdad.

Tye la miró y asintió.

—Bien, pues te dejo para que te acuestes. Vendré a verte dentro de poco.

Claire se quedó un buen rato sentada en la butaca después de que Tye se hubiera ido. Pensó en él, en su bondad y en su paciencia y no se extrañó de haberse enamorado de él. La prueba de que él también estaba enamorado de ella la tenía en el dedo. ¿Seguiría enamorado de ella?

No se lo había dicho. De hecho, si no se lo hubiera pedido ella, no la habría besado. Y había sido un beso de lo más casto, no un beso apasionado. Pero, bueno, ¿y de qué se quejaba? ¿No tenía suficiente en la cabeza como para, además, querer complicarse más con una relación sentimental?

Volvió a recordar el beso y lo que le hizo sentir y se dio cuenta de que una parte de ella habría preferido un beso más ardiente. Incómoda, se levantó de la butaca, pero lo hizo demasiado aprisa y la habitación le dio vueltas.

Se agarró a la cama para no caerse y se sintió frustrada. Instintivamente, supo que no estaba acostumbrada a estar enferma y débil.

Se fue al baño decidida a lavarse los dientes y ponerse el camisón sin ayuda. Una vez en la cama, muy orgullosa por haberlo conseguido, se dijo que iba a recuperarse pronto y que tenía que animarse.

En ese momento, llamaron a la puerta y sonrió sabiendo que era Tye.

—¿No estás durmiendo todavía? —dijo asomando la cabeza.

Qué ridículo era ponerse tan contenta por verlo. Bajó la mirada.

—Creo que he dormido tanto que no voy a tener sueño hasta Navidad —contestó.

—Es parte del proceso de curación —comentó Tye acercándose a la cama—. ¿Necesitas algo?

Ojalá se sentara y se quedara un rato charlando con ella, pero era obvio que había terminado de trabajar y quería irse a dormir.

—No, gracias —contestó.

—¿Te has tomado las pastillas?
—He decidido no tomar más —le informó.
Tye la miró muy serio.
—Ya —dijo—. ¿No vas a cambiar de opinión?
—No —le contestó muy resuelta.
—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó Tye sentándose como si tuviera todo el tiempo del mundo.
Claire se sintió culpable. Había tenido un día muy largo y debía de estar deseando irse a la cama. Sabía que lo mejor sería decirle que no había nada de lo que hablar y tomarse las pastillas, pero una vez que tomaba una decisión no se echaba atrás.
—Ya casi no me duele la cabeza —le explicó—. Y la otra pastilla, el tranquilizante, prefiero no tomarla porque no quiero estar todo el día atontada. Quiero estar alerta por si me acuerdo de algo, no quiero tener el cerebro dormido. Así es imposible recordar.
Tye la miró, sonrió y la agarra de la mano.
—Me parece razonable, pero.
—¿Pero? —dijo Claire tragando saliva.
—Pero es un poco tarde para llamar al doctor Phipps y preguntarle si está de acuerdo con nosotros.
Claire lo miró asombrada.
—¿Por qué lo vas a llamar?
—Porque es el que sabe, el que te ha puesto el tratamiento y el que debe interrumpirlo cuando te vea repuesta, ¿no crees? ¿Qué pasa si lo interrumpimos nosotros y destrozamos todo lo que habías conseguido hasta ahora? ¿Qué diría el doctor Phipps?
—Eh...
No sabía qué decir, sobre todo porque aquel «nosotros» le había llegado al alma y le impedía pensar con claridad.
—No hace falta que lo llames —cedió por fin.
Tye le apretó la mano, sonrió y se levantó. Se cercioró de que tuviera agua en la mesilla para tomarse las pastillas y se dirigió a la puerta.
—Jane vendrá pronto mañana por la mañana.
Al darse cuenta de que lo que le estaba diciendo era que no se bañara hasta que llegara el ama de llaves, Claire le sacó la lengua.
—Buenas noches —Tye sonrió al salir de la habitación y la dejó con el corazón acelerado.

Claire se tomó las pastillas y se quedó dormida casi inmediatamente.

Tuvo pesadillas y se despertó muy pronto. Por lo visto, los demonios del pasado la perseguían. Todavía era de noche. Se incorporó y encendió la luz. La habitación quedó iluminada, pero seguía sintiendo una opresión oscura en su interior.

Tenía la respiración acelerada y miedo. ¿De qué? No tenía ni idea.

¡Tye! Estaba a punto de levantarse para ir a buscarlo cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo y pudo recobrar el control.

Ya le había dado bastante la lata. Tenía que dejarlo dormir. Dejó la luz encendida un rato para calmarse por completo y se encontró pensando en él.

Preguntándose de nuevo si seguiría enamorado de ella. Le había dicho que prefería que su compromiso permaneciera en un nivel platónico hasta que se hubiera recuperado y solo la había besado porque ella se lo había pedido.

¿Y si ya no la quería? No parecía desearla, desde luego. La había visto desnuda y ni se había inmutado.

¿La habría deseado al verla en el baño? No era que ella lo deseara a él, por supuesto, pero le habría parecido normal que hubiera hecho amago de acariciarla o algo.

¿Se habría hartado de hacer el amor con ella? Recordó la sonrisa picarona con la que le había dicho que le había prometido al doctor Phipps que no le haría el amor aunque se lo suplicara.

Se dijo que así era mejor, pero, aun así, se sentía un poco decepcionada porque el hombre con el que estaba prometida se pudiera contener tan fácilmente.

Se preguntó cuándo estaría completamente curada. ¿Tenía una hermana? Se angustió. Sabía que su madre estaba muerta, pero, ¿y su padre? Tenía que tener algún pariente en algún sitio. ¿Y quién era aquel hombre en la oscuridad, aquel que tanto la asustaba y que la había hecho gritar cuando había visto a Tye en su habitación?

Estuvo despierta un buen rato más, pero, al final, acabó calmándose y se volvió a dormir.

Cuando Tye llamó a su puerta por la mañana, estaba profundamente dormida. Abrió los ojos y lo vio entrar con una bandeja, así que se incorporó.

—¿Has pasado una mala noche? —aventuró observando las ojeras que tenía.

—No —dijo viendo que Tye estaba mirando la lámpara, que todavía estaba encendida.

Era absurdo negarlo, pero no quería preocuparlo.

—Hoy voy a tener un buen día —le dijo.

—Uy, uy, eso no me suena bien. ¿Debería empezar a preocuparme?—bromeó Tye.

—En absoluto. Tú vete a trabajar y olvídate de mí.

—Eso es imposible, cariño. ¿Verdad que te vas a tomar un buen desayuno para empezar bien ese maravilloso día qué vas a tener?

—Eh...—contestó Claire.

Lo cierto era que no tenía hambre, pero debía comer. Al fin y al cabo, no quería que Tye se preocupara, ¿verdad?

—Sí, tengo mucha hambre —mintió.

—Tómate el té y duerme un poco más —le aconsejó Tye antes de salir.

Claire se tomó el té, pero no se volvió a dormir.

Le hubiera gustado probar a bañarse sola, pero después del espectáculo del día anterior decidió que era mejor no hacerlo.

Era cierto que tenía más fuerzas que el día anterior, pero se sentó junto a la ventana esperando a que llegara Jane.

El ama de llaves la ayudó a bañarse y le llevó el desayuno a la cama. Claire pensó que Tye se habría ido a Londres, pero Jane le dijo cuando fue a recoger la bandeja del desayuno que estaba trabajando en la biblioteca.

Claire se preguntó si el brinco que le había parecido que daba su corazón al enterarse de que Tye estaba en casa sería parte del amor que había sentido por él antes del accidente o solo alegría porque se sentía más segura con él cerca.

Decidió no darle vueltas y aceptar las cosas como llegaban. Quería hacer muchas cosas y no estaba dispuesta a estar todo el día en su habitación.

En silencio para no molestar a Tye y con cuidado pues sabía que no estaba totalmente recuperada, comenzó a bajar las escaleras.

Al llegar al final, descansó un poco y fue en busca de la cocina. Tras andar por el pasillo y abrir un par de puertas, la encontró. Allí estaba Jane, que se quedó mirándola boquiabierta.

Claire sonrió.
—Ya iba siendo hora de que hiciera algo, ¿no?
—Pero si no está recuperado del todo... —protestó el ama de llaves—. Precisamente, te estaba preparando un café—añadió.
Claire se lo tomó en la cocina con ella. La antigua enfermera era una mujer de lo más amable y Claire se animó a pedirle que, por favor, la dejara hacer algo útil.
Se sintió muy feliz el rato que estuvo pelando patatas para la cena, pero aquello se terminó pronto, así que anunció su intención de ir a dar un paseo.
—Voy contigo —contestó Jane.
—¿Te importa si voy sola? —dijo Claire—. Lo necesito.
—Muy bien —contestó Jane entendiéndola a la perfección—, pero ponte mi abrigo.
Claire se lo puso para darle gusto y salió. Sabía que no iba a llegar muy lejos, pero la llenaba de felicidad estar fuera.
Tomó aire y miró a su alrededor. Se maravilló de ver que, aunque estaban en octubre, casi en invierno, las rosas seguían en flor.
Las miró fascinada. En su casa... ¡Oh! ¿En su casa qué? Nada. Se le había ido. Había estado a punto de recordar algo, pero se le había ido. Cansada, se apoyó en una de las paredes de la casa para descansar.
El sol de la mañana le daba en la cara y cerró los ojos para intentar recordar algo más. Su casa estaba en Londres con Tye, ¿no? ¿Tendrían jardín allí? ¿Habría rosas? Nada, no recordaba nada.
Comenzó a dolerle Ja cabeza. Se apartó de la pared y se acercó a las rosas. Estuvo varios minutos tocándolas y oliéndolas para ver si, así, recordaba algo. Nada, por mucho que lo intentara no lo conseguía.
Decepcionada, se dio la vuelta y se dirigió a la casa. A medio camino, levantó la vista y contuvo la respiración. Tye la estaba observando desde una de las ventanas. ¿Cuánto tiempo llevaría mirándola?
—¡Me gusta tu abrigo! —dijo abriendo la ventana.
—¡No te lo pienso regalar! —sonrió Claire observando la prenda que le estaba varias tallas grande.
Cuando entró en la cocina, Jane estaba preparando unos

sándwiches y una ensalada para comer.

—Tye me ha pedido algo ligero, pero si tú quieres algo más no hay problema.

—No, no, un sándwich está bien —contestó Claire saliendo de la cocina.

Se prometió subir las escaleras sola aquella tarde, pero, de momento, se dirigió al salón. Allí, de repente, se sintió desanimada. ¿Recuperaría algún día la memoria? No era fácil vivir así.

Jane le llevó la comida en una bandeja.

—¡No deberías haberte molestado! —le dijo—. Ya hubiera ido yo por ella.

—No pasa nada —contestó el ama de llaves sonriente—. A Tye también se la he llevado a la biblioteca. Me voy a ir a comer a casa y volveré dentro de un par de horas —anunció.

Claire supuso que Tye iba a comer delante del ordenador, pero no fue así. Se abrió la puerta y apareció sonriendo.

—¿Qué te he hecho para que no quieras comer conmigo? —bromeó.

—Creí que estabas trabajando —contestó Claire.

—¿Te vienes a la biblioteca conmigo? —le dijo agarrando su bandeja.

Claire lo siguió encantada.

La biblioteca era más grande de lo que se la había imaginado y sus estanterías, que cubrían las paredes del suelo al techo, estaban repletas de libros nuevos y antiguos.

—¡Guau! —exclamó—. Menuda biblioteca.

—Sí, a mi abuelo le gustaba coleccionar libros —le explicó Tye abriendo la puerta de su moderno despacho.

Dejó la bandeja de Claire junto a la suya en la mesa y le puso una silla para que se sentara. Cuando lo hizo, se sentó a su lado y tomó un sándwich.

—Ya me he dado cuenta de que has bajado las escaleras tú sólita y me apuesto el cuello a que tienes intención de subirlas igual, lo que me hace preguntarte: ¿Qué tal van tus planes de portarte bien?

A Claire le encantaba su sentido del humor. Le hacía olvidar por unos segundos la gravedad de su situación.

—Te quería preguntar una cosa —dijo—. ¿Tenemos rosas en tu… en nuestra… en la casa de Londres?

—¿Por qué? ¿Has recordado algo? —dijo Tye alerta.

Claire negó con la cabeza.

—He salido fuera y, al ver las rosas, he tenido la sensación de que iba a recordar algo, pero se me ha ido —suspiró apenada—. De verdad, creo que debería dejar de tomar las pastillas.

—Das por hecho que son tranquilizantes. ¿Y si no lo son? ¿Qué tal tienes la cabeza?

Tenía un dolor impresionante, pero no se lo iba a decir. Tomó un sándwich, aunque no tenía demasiado apetito, y le dio un mordisco.

—Jane hace unos sándwiches buenísimos —comentó.

Tye la miró con dulzura.

—Tye, ¿te sigo importando? —le espetó—. Quiero decir, sé que te preocupas por mí, me estás cuidando a las mil maravillas, pero, ¿me sigues amando? —añadió arrepintiéndose, al ver que no contestaba, de habérselo preguntado—. Perdona, te he puesto en un compromiso —dijo apartando la mirada.

—No, en absoluto —dijo Tye pasándole el brazo por los hombros—. ¿Quién no te iba a amar conociéndote, mi vida? —añadió en tono alegre—. ¡Venga, cómete el sándwich! —le ordenó haciéndola reír.

Aquella noche, ya metida en la cama, Claire reflexionó que, a pesar del terrible dolor de cabeza que la había obligado a seguir tomándose las pastillas, había sido un buen día. Un día espléndido, en realidad. Había subido y bajado las escaleras ella sola dos veces.

Después de comer, había subido a dormir la siesta y, horas después, había bajado para cenar con Tye.

La velada había resultado muy animada. Habían hablado de todo, menos del accidente, de su familia y de su amnesia. Además, no había mencionado ni por asomo nada que hubieran hecho juntos en el pasado.

Lo cierto era que a Claire no la habría molestado que le hubiera descrito algunos episodios. Seguramente, le habría ayudado a recordar, pero, dado que había prometido portarse bien, no había dicho nada y había decidido que todo le parecía correcto.

La había acompañado a la puerta de su dormitorio, donde se habían despedido y, como no podía ser de otra manera, se había dormido pensando en él.

Cuatro horas después, la despertaron los mismos demonios de la noche anterior. Estaba tan apurada por encender la luz que estuvo a punto de tirar la lámpara al suelo. Estuvo despierta un buen rato intentando controlar el miedo.

A las ocho volvió a despertarse y vio una taza de té en la mesilla. Obviamente, Tye ya había pasado por allí.

Volvió pasadas las nueve y Claire notó que el corazón le daba un vuelco. Iba vestido con un traje impecable. Eso quería decir que no se iba a quedar trabajando en casa y aquello le dio pánico. No quería que se fuera.

—¿He hecho algo? —preguntó.

—Me quedaré hasta que llegue Jane y, luego, me voy —contestó Tye sonriendo.

—¿Volverás para cenar? —preguntó nerviosa.

Tye era su corcho de salvación. Sin él, se hundiría en un mar de incertidumbre y miedo.

—Puede que llegue un poco tarde, pero dormiré aquí, sí —contestó.

Inmediatamente, Claire se sintió culpable.

—No hace falta —le aseguró—. ¡No quiero que vuelvas corriendo si no has terminado el trabajo que tengas entre manos!

—¿Y qué pasa si quiero volver corriendo?

—¿Estoy resultando una carga?

—Teniendo en cuenta lo que te ha pasado, creo que estás siendo muy valiente —dijo Tye muy serio—. No tienes que preocuparte por nada. Jane no te va a dejar sola ni un solo momento.

Claire se sintió culpable por el ama de llaves, pero sabía que no podía quedarse sola en casa.

—Que tengas un buen día —sonrió creyendo por un segundo que Tye la iba a besar.

—Pórtate bien —se despidió mirándola y yéndose.

Claire se quedó mirando la puerta un rato y se dio cuenta de que Tye sabía que se sentía muy insegura. Supuso que era normal. Al fin y al cabo, estaba comenzando una nueva vida.

Observó por la ventana cómo se alejaba el coche de Tye y quiso que volviera a su lado. No podía ser. Tenía trabajoˆ ella se estaba comportando como una egoísta. El la creía valiente, sin embargo. Ojalá fuera así.

Cuando Jane subió para acompañarla mientras se bañaba, decidió ser valiente de verdad. Por eso, cuando en la comida el ama de llaves se acordó de que no había paseado al perro de su vecino, le aseguró que se podía ir tranquila y dejarla sola un rato.

—No, no, no podría hacerlo —contestó Jane.

—Claro que sí —insistió Claire sonriendo.

No resulto fácil, pero, al final, consiguió que se fuera. Tras darle el teléfono de su móvil, eso sí.

Una vez a solas, intentó no pensar en el pasado, intentó no recordar. No quería tener miedo.

—Claire Farley —dijo en voz alta.

No se sentía identificada con aquel nombre. Claro que tampoco se sentía identificada con cualquier otro...

Estaba en el salón cuando sonó el teléfono. Dio un respingo. Estaba sola. No había nadie más que pudiera contestar. ¿Y si fuera una llamada de negocios para Tye? No tenía más remedio que atenderla.

—¿Sí?—dijo.

—¿Qué tal estás? —le contestó la voz de Tye.

«Por favor, vuelve cuanto antes», pensó.

—Muy bien —mintió—. Estoy descansando —añadió pensando que era todo un detalle por su parte haberla llamado.

—¿Te va bien con Jane?

—Por supuesto —contestó dándose cuenta de que, probablemente, habría llamado para hablar con el ama de llaves—. ¿Quieres decirle algo? —añadió buscando una excusa.

—No, he llamado para hablar contigo —contestó Tye haciéndola feliz.

—¿De algo en particular?

—¿Es que acaso no puedo llamar a mi prometida platónica sin ningún motivo en particular? —bromeó.

—Me alegro de que me hayas llamado —confesó sonriente.

—Bien. ¿Hoy también te estás portando bien?

—Impecablemente.

—Nos vemos esta noche, entonces.

—Muy bien. Adiós.

—Hasta luego.

A Claire le pareció oír «mi amor», pero no podía ser. Hacía un

segundo le había recordado que era su prometida platónica, así que no encajaba.

Estaba realmente feliz de que Tye hubiera encontrado un hueco en su apretada agenda para hablar con ella. Se sorprendió mirándose la mano donde lucía su anillo de pedida y sonrió encantada.

Sin embargo, cuando anocheció la sonrisa se le había borrado de la cara hacía tiempo ya. Sabía que no se estaba haciendo ningún favor intentando una y otra vez recordar algo, pero no podía evitarlo. Necesitaba recordar y punto.

Por educación ante Jane, xue había decidido quedarse con ella hasta que llegara Tye, consiguió disimular su desesperación.

Cenaron juntas pronto y el ama de llaves le indicó que se fuera a la cama porque todavía estaba convaleciente y llevaba todo el día fuera de su habitación. Lo cierto era que Claire estaba cansada y agradeció el consejo.

Una vez en su habitación, se preguntó a qué hora llegaría Tye y se encontró mirando de nuevo el anillo de pedida. Quería que volviera ya. Se encontraba mejor, más tranquila cuando estaba en casa.

Pasó una hora y cada vez estaba más nerviosa. Estaba a punto de bajar a la cocina con Jane, cuando oyó un coche. ¡Había llegado!

Al instante, sé sintió mejor. Quería verlo, pero se preguntó si él querría verla ya que había tenido un día tan duro.

Al poco, oyó el coche de Jane y supo que el ama de llaves se volvía a su casa. Le estaba inmensamente agradecida. ¿Qué habría hecho sin ella? Jane también había tenido un duro día de trabajo.

Decidió controlarse más. La siguiente vez que Tye le dijera que tenía que ir a trabajar a Londres, insistiría en que no necesitaba compañía. ¡Tenía que aceptar que, tal vez, jamás recuperase la memoria! Intentó no sentir pánico. No podía pasarse la vida dependiendo de otra persona.

Decidió también que, a pesar de que el futuro era muy incierto, tenía que mantenerse más optimista. Entonces, Tye llamó a su puerta.

—¡No creía que fueras a venir a verme! —sonrió visiblemente aliviada.

—¿Qué clase de prometido no pasaría a ver a su prometida? —

contestó él acercándose—. ¿Qué tal te ha ido el día?

—¡Lo mismo te iba a preguntar!

—A mí, bien —contestó—. Jane me ha dicho que te ha dejado sola un ratito mientras paseaba al perro de su vecino.

—Ha sido porque yo he insistido, pero no te lo iba a decir—confesó Claire.

—No podemos tener secretos.

—¡Pero si yo no sé ninguno! —protestó—. Perdón. Después del día que has debido tener, lo último que te apetecerá es que me ponga tonta —sonrió—. A partir de ahora, voy a ser más optimista, más...

—Lo estás haciendo muy bien—la interrumpió Tye—. No hace todavía un mes que saliste volando por los aires. Tu cuerpo y tu cabeza necesitan tiempo para curarse. No debes apresurarte —le recordó—. Anda, duerme —sonrió.

—Voy a ser optimista —dijo ya a solas.

Apagó la luz con decisión, intentando no pensar en los demonios que esperaban a las tinieblas para atacarla. Sintió deseos de volverla a encender, pero no lo hizo.

Al final, se durmió, pero los demonios aparecieron. Se despertó gritando, aterrorizada. Tenía la boca seca y la respiración, acelerada. Demasiado miedo para ser optimista.

Se incorporó en la cama y se apresuró a encender la luz. La cabeza le daba vueltas y estaba muy nerviosa. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba su familia?

Tye lo tenía que saber. No parecía que fuera así, sin embargo. Se volvió a encontrar estrellándose una y otra vez con un muro de nada. Le dolía la cabeza. Era como si se le fuera a partir por la mitad.

Sentía que había recuerdos cerca, pero no aparecían. Por mucho que lo intentaba, no los veía.

Se sentía perdida y sola. Estaba exhausta de intentar recordar y no le había servido de nada. Se tumbó e intentó calmarse. Cerró los ojos y, aunque la luz estaba encendida, sintió inmediatamente una oscura presencia que la atormentó.

Sentía terror y no sabía por qué. No podía soportarlo más. Se levantó de la cama. Necesitaba ver a Tye. Cuando estaba con él, todo iba bien.

Le había dicho que le dejaba la puerta de su habitación abierta. Si no lo estuviera, estaba dispuesta a tirarla abajo.

No fue necesario.

—¡Tye!—gritó al entrar.

Él ya estaba sentado en la cama encendiendo la luz.

—¡Tye! —repitió abalanzándose sobre él, que la recibió con los brazos abiertos.

—No pasa nada, no pasa nada —la tranquilizó—. Estoy aquí. ¿Has tenido una pesadilla? —añadió acariciándole el pelo.

—Me estoy volviendo loca —murmuró asustada.

—Nada de eso —la animó—. Estás bien. Todo va bien.

A Claire no se lo parecía. No podía controlar el miedo.

—¿Puedo dormir contigo?

—Eh...

Tye dudó, pero, al ver su carita de terror, accedió.

—Sube a bordo —la invitó con una sonrisa—. Cierra los ojos y descansa. Voy a ponerme un pijama.

Solo entonces se dio cuenta Claire de que Tye estaba desnudo. Solo tardó unos segundos y pronto estaba de vuelta a su lado.

—Ven aquí —le dijo abrazándola—. Duerme.

—Perdón—sollozó Claire.

—Pobrecita mía —susurró Tye—. Relájate.

—¿No me vas a echar?

—Claro que no. Tranquila.

—Deja la luz encendida, ¿de acuerdo? —suplicó.

—De acuerdo.

—No me sueltes, ¿eh? Abrázame.

—Te estoy abrazando, no te preocupes.

—No me vas a soltar, ¿verdad?

—Por supuesto que no —le prometió Tye.

Capítulo 4

Claire se estiró. Se sentía sana y salva. ¡Hasta que sus piernas tocaron otras piernas! Abrió los ojos inmediatamente. La luz estaba encendida y no estaba sola.

¡Tenía unos fuertes brazos masculinos a su alrededor! Tragó saliva y se dio cuenta de que estaba apoyada en un torso igual de fuerte y masculino. Al instante, se apartó.

Con el movimiento, el hombre se despertó y Claire salió de la cama a todo correr.

—¿Quién eres tú? —le preguntó asustada.

No había visto a aquel tipo jamás.

—¿No te acuerdas de mí? —contestó él tranquilo.

—¡Tengo la cabeza llena de recuerdos! —exclamó Claire.

—¿Has recobrado la memoria? —le preguntó haciendo amago de ir hacia ella—. ¿No te acuerdas de mí? —insistió.

—Sí, sí, me acuerdo de ti —contestó Claire comenzando a verlo claro.

Miró al hombre, que se había levantado y se había puesto un batín, y se dio cuenta de que llevaba un camisón casi transparente.

Se sonrojó al momento y se tapó con las manos.

—Ve a tu habitación —le dijo Tye—. ¿Recuerdas dónde está?

Claire asintió.

—Ve para allá. Ahora voy yo.

Claire obedeció con la cabeza bulléndole de preguntas y se fue directa a la ducha. Era cierto, tenía multitud de recuerdos yendo y viniendo. Sí, había recuperado la memoria.

Se sentía inmensamente feliz, pero, de repente, temió volver a perderla. Intentó que no la invadiera el pánico y oyó llegar a Tye.

Se metió a toda velocidad en la cama. Llevaba un camisón casi

transparente y no quena que su prometido la viera así. ¿Prometido? No recordaba aquello. Lo miró.

—¿Cómo me llamo? —dijo él acercándose a la cama.

—Tye —contestó Claire—. Tye Kershaw, a mi servicio.

Tye sonrió.

—Te has despertado con sentido del humor, ¿eh? ¿Y tú cómo te llamas?

—Larch Burton —contestó sin pensárselo dos veces.

—¿De verdad estás recuperando la memoria?

—Eso parece. ¿Quién es Claire Farley, por cierto?

—El ala del hospital en el que estabas se llamaba Farley y a alguna enfermera debió de parecerle que Claire te quedaba bien —le aclaró Tye—. ¿Recuerdas el accidente?

Intentó recordarlo, pero no pudo.

—¿Volveré a perder la memoria? —preguntó asustada.

—No creo —contestó Tye—. El doctor Phipps está de camino, así que, hasta que llegue, descansa.

—¿Lo has llamado?

—Claro.

—¿Y viene desde Londres?

—Vive a diez kilómetros de aquí.

—¡Pero seguro que lo has despertado!

—Es médico, está acostumbrado —sonrió Tye—. Voy a prepararte una taza de té y...

—¡No te vayas! —gritó Larch—. Por si vuelvo a perder la memoria, vivo en un pueblo que se llama Warren En, cerca de High Wycombe, en Buckinghamshire.

—¿No vives en Londres? —dijo Tye sentándose en el borde de la cama.

Larch negó con la cabeza.

—Estaba en Londres cuando ocurrió el accidente, ¿verdad?

Tye asintió.

—¿Recuerdas qué hacías en la ciudad?

—Yo... —se interrumpió. No quería contestar a aquella pregunta. Le hacía recordar cosas dolorosas que no quería recordar —. No —mintió.

Si Tye sospechaba que mentía, no lo demostró.

Parecía demasiado ansioso por hacerle unas cuantas preguntas

importantes.

—¿Estás casada? Hay mujeres que lo están, pero no llevan alianza.

—No, no estoy casada —contestó Larch recordando que llevaba el anillo de pedida—de aquel hombre—. ¿Por qué...?

—¿Vives con algún hombre? ¿Hay algún hombre importante en tu vida? —la interrumpió.

—Vivo con mi hermana...y su marido —murmuró—. ¿Por qué llevo tu anillo de pedida? No podemos estar prometidos. De lo contrario, no me acabarías de preguntar lo que me has preguntado.

—Vaya, vaya, te has despertado aguda, ¿eh? —sonrió Tye—. No debería interrogarte, es cierto. Vamos a esperar a que llegue Miles.

—¿Quién es Miles?

—Miles Phipps —contestó Tye—. Mi hermanastro.

—¿El doctor Phipps es...? ¿Por qué...? —preguntó sorprendida.

—Me vas a meter en un lío —dijo Tye—. Se suponía que debía encargarme de que estuvieras tranquila —sonrió—. Ya hablaremos luego. Descansa hasta que llegue Miles.

Larch no entendía por qué Tye había llamado a su hermanastro para que fuera a verla.

—Pero... —protestó.

—¿Confías en mí? —la interrumpió Tye en un tono que a Larch no le gustó.

—¿Cómo te voy a decir que no? —le espetó—. ¡Si he dormido contigo!

Tye se rió y Larch decidió que le gustaba su risa y se le pasó el enfado.

—Te habrías muerto si hubiera intentado algo —sonrió—. Además, ya sabes que le prometí a Miles que no te pondría un dedo encima.

Larch se sonrojó.

—Eso demuestra que eres una buena persona —dijo.

—Muchas gracias —contestó él—. ¿Cómo te encuentras?

—Más tranquila, pero muy emocionada por haber recuperado la memoria... o buena parte de ella. ¡Tengo una hermana! —exclamó encantada—. Se llama Hazel y es muy buena y...

—Y nada —la interrumpió Tye—. O te callas y te tranquilizas o me voy a tener que ir.

Larch lo miró y notó que el corazón le daba un vuelco.

—Me portaré bien —le prometió—. Pero es qué tengo tantas preguntas...

—Lo sé —dijo Tye levantándose—. Voy a bajar a abrirle las verjas a Miles. ¿Te importa?

—No, claro que no —contestó.

Sin embargo, en cuanto Tye salió de su habitación se dio cuenta de que no aguantaba en la cama de lo nerviosa que estaba, así que se levantó, se puso la bata y se sentó junto a la ventana.

Vio salir a Tye de la casa, abrir las verjas y subirse en el coche de su hermanastro, que ya estaba esperando. Le debía de estar contando todo. Se volvió a meter en la cama con la esperanza de que obviara el lamentable episodio nocturno. ¿De verdad había hecho lo que había hecho? Le parecía increíble.

Cuando Tye llegó con su hermanastro, Larch estaba tapada hasta las orejas.

—Me han dicho que no te gusta el nombre que te pusimos —la saludó Miles.

Estuvo con ella veinte minutos y lo primero que hizo fue insistirle para que lo llamara Miles, nada de doctor Phipps. Larch pensó que era un hombre muy cordial y estuvo charlando con él tan contenta.

—¿Qué tal en Grove House?

—Me tratan muy bien, la verdad.

—Tienes mucho mejor aspecto —observó Miles—. Tye propuso traerte aquí y me pareció bien porque pensé que la paz y la tranquilidad de este lugar te ayudarían a reponerte.

—Es un sitio precioso.

—No habría dejado que vivieras bajo el mismo techo que él si no supiera que es un hombre de total confianza e integridad.

—Lo es —dijo Larch sonriendo y rezando para que no se le notara el sonrojo que le producía recordar cómo se había colado en su cama.

—Lo más probable es que durante los próximos días recobres toda la memoria —dijo Miles antes de irse—. Te advierto que también puede ocurrir que, cuando lo recuerdes todo, te sientas un poco baja de ánimo. No creo que tengas mayores problemas, pero me pasaré a verte... digamos en un mes. Entre tanto, si tienes dudas,

llámame.

Larch le dio las gracias y, suponiendo que Tye se tomaría un café con su hermanastro antes de que se fuera, decidió darse una ducha rápida y vestirse.

Se sentía mucho más fuerte que hacía dos días, pero, aun así, no quería arriesgarse a bañarse sin la presencia de Jane.

Mientras elegía la ropa interior, se dio cuenta de que no era que su ropa pareciera nueva... ¡Es que lo era! En la clínica, cuando Tye le había llevado ropa, había supuesto que había metido en la maleta lo más nuevo que tenía, pero no era así. Lo cierto era que se lo había comprado porque, claro, nunca había vivido con él.

Mientras se duchaba, reflexionó que, ya que no había vivido nunca con Tye en Londres, ya que no debían de conocerse de nada, ¡no tenía ningún derecho a estar en Grove House!

No tenía ni idea de por qué llevaba un anillo de pedida en la mano, pero lo que tenía claro era que allí no hacía nada más que molestar. Tenía que irse cuanto antes. Aquel mismo día.

No quería irse. Quería quedarse con Tye. Se apresuró a apartar aquel pensamiento de su mente y salió de la ducha.

Se estaba secando cuando se fijó en la cicatriz de su pie izquierdo. Sonrió al recordar cómo se la había hecho. Dejó de sonreír al recordar a sus padres. Mucho antes de que su madre enfermara, las habían llevado a Hazel y a ella de vacaciones al mar. Habían tenido que ir a urgencias cuando Larch se había cortado con un cristal en la playa.

Cuando Tye llamó a la puerta, lo estaba esperando vestida y preparada para enfrentarse a lo que fuera.

—Me temía que fueras a hacer alguna travesura —observó viendo que se había duchado—. He hecho café. ¿Quieres tomarlo aquí o abajo?

Tenían que hablar. Tenía que devolverle el anillo.

—Abajo—contestó.

Bajó las escaleras sola, pero muy despacio pues había gastado muchas energías en la ducha.

—¿Todo va encajando? —le preguntó Tye.

—Me estoy reponiendo de la sorpresa inicial. Estoy encantada de haber recuperado la memoria.

Tye la dejó un momento en el salón mientras él iba por el café.

Al volver, esperó a que se sentara en el sofá, le acercó la mesa y le sirvió una taza antes de sentarse en una silla enfrente de ella.

—Yo... eh... me voy a ir —dijo Larch.

—¿Cómo? —dijo Tye sorprendido dejando la taza de café sobre la mesa—. No sé si voy a poder permitírtelo.

—¿Qué es eso de que no puedes permitírmelo?—preguntó Larch en tono agresivo—. ¡No me lo puedes impedir!

¿Era el deseo de no querer irse en realidad lo que la llevaba a enfadarse? Lo miró a los ojos esperando ver hostilidad en ellos, pero no fue así.

—Ya sé que estos días que has pasado aquí no han debido de ser los mejores de tu vida —observó Tye volviendo a tomar la taza de café—, pero no creo que estés lo suficientemente recuperada como para irte.

Larch no dijo nada.

—¿Tan mal lo has pasado aquí? —le preguntó.

Larch recapituló inmediatamente.

—Oh, Tye, no es por ti ni por tu maravillosa casa. Es cierto que he tenido momentos malos, de miedo, pero me habéis tratado espléndidamente. Te estoy muy agradecida por ello, de verdad, pero no tengo derecho a estar aquí. No tengo derecho a irrumpir en tu vida, en tu trabajo, en tu... —se interrumpió al darse cuenta de que se estaba mirando la mano izquierda, el increíble anillo de pedida. Con increíble tristeza, se lo quitó—. No tengo ni idea de por qué lo llevo —añadió dejándolo sobre la mesa y sintiéndose perdida—. Nunca hemos estado prometidos, ¿verdad?

Tye tardó unos segundos en contestar y no tomó el anillo.

—No, nunca —dijo por fin.

—Estoy segura de que me acordaría si hubiéramos vivido juntos —añadió Larch—. No me puedo creer que anoche me metiera en tu habitación y te pidiera que me dejaras dormir contigo —balbuceó avergonzada.

—No lo pienses. Lo estabas pasando muy mal —sonrió Tye—. Sabía que no era porque quisieras violarme.

Larch suspiró. ¡Qué sonrisa tan preciosa tenía!

—Me estoy apartando del tema central —recapituló—. Tengo muchas cosas en la cabeza —le explicó—, y no sé por dónele empezar.

—Deja que te ayude —se ofreció él.

—Ya has hecho suficiente —contestó Larch—. Te he apartado de tu trabajo. Debes de estar deseando volver a tu oficina y...

—Hoy no voy a ir a Londres.

—¿No?

—No —contestó Tye en tono divertido—. Veo que te has olvidado, ¿eh? —bromeó—. ¿No era hoy cuando íbamos a salir a dar un paseo?

«Oh, Tye», pensó Larch.

—Sin embargo, vamos por partes —continuó él—. El hospital se puso en contacto con la policía por si había alguien buscándote. Tus datos han estado circulando por ahí. De momento, nadie te ha reclamado, pero ahora que has recordado que vivías con tu hermana y su marido, ¿no deberíamos llamarlos para decirles que estás bien?

—Hazel lleva fuera varias semanas —recapacitó Larch—, pero debería volver... eh... esta noche, creo. Está en Dinamarca en un curso de formación. Hazel es consultora en una gran empresa —le explicó orgullosa de su hermana.

—¿Y también está ocupada los fines de semana? —preguntó Tye sugiriendo que su hermana no se preocupaba por ella.

—Me llamó... —se interrumpió sintiendo náuseas al recordar.

—¿Qué pasa?

—Nada —mintió suponiendo que Tye debía de ver el asco reflejado en su cara—. Hazel llamó... creo que el día que fui a Londres —añadió. Sabía perfectamente que había sido aquel horrible día. No había hablado Hazel con ella sino con Neville—. Hazel llamó para decirnos que tenía un seminario al día siguiente, que era sábado, y mucho que estudiar. Quería saber si nos importaría que no volviera a casa aquel fin de semana —continuó. ¡A Neville sí le había importado! ¡Vaya que si le había importado! Se había enfadado mucho y lo había pagado con ella—. Lo cierto es que Hazel debió de decidir quedarse en Dinamarca hasta terminar todo el trabajo que tenía, pero... —se interrumpió al darse cuenta de que su hermana tenía que haber pasado por su casa en aquel mes. ¿Por qué no había denunciado su desaparición, entonces?—. ¿Te importa que llame... por si está en casa?

Tye se levantó y le acercó el teléfono.

Larch marcó recordando el número a la perfección y rezando para que su hermana hubiera estado muy ocupada en Dinamarca y no se hubiera enterado de su desaparición. De lo contrario, debía de estar muerta de preocupación.

Contestaron el teléfono, pero no era su hermana sino su marido.

—¿Está Hazel? —preguntó Larch haciendo un esfuerzo.

—Vaya, vaya —contestó Neville reconociendo su voz—. Si es mi empleada errante... ¡No te molestes en volver! ¡Estás despedida! —le espetó.

¡Como si ella quisiera volver a trabajar para él!

—¿Te importaría darle un mensaje a mi hermana?

—¡Si la vuelvo a ver, querrás decir! Parece ser que se va a quedar a vivir en Dinamarca a este paso. ¡Todo por la promoción profesional, claro!

—¿Hazel no ha vuelto desde...?

—¡Desde que te largaste a casa de la madrina de tu madre y me dejaste tirado, exacto! ¿Sabes el daño que le has hecho a la empresa?

A Larch le importaba muy poco su empresa. Neville explotaba a sus empleados sin compasión y, dado que no sabía cómo explicarle a su hermana por qué se había ido, daba gracias por no tener que volver a trabajar para él.

—¿Ha llamado?

—¡Solo una vez y para pedirme el teléfono de Ellen Style! Por lo visto, tu madrina no figura en la lista telefónica. Qué pena que no pude encontrar su agenda, ¿verdad?

Obviamente, ni se había molestado en buscarla.

—Veo que no se ha puesto en contacto contigo tampoco —añadió su cuñado.

Larch sabía que las cosas entre su hermana y su marido no iban bien, pero era evidente que se habían deteriorado aún más.

—¿Te importaría darle a Hazel un mensaje si llega a casa antes que yo?

—¡Dáselo tú! ¡No vuelve hasta el martes! —le espetó Neville Dawson colgando el teléfono.

Larch sintió pánico, pero la voz de Tye la hizo volver a la realidad.

—¿No está en casa?

—No vuelve hasta el martes —contestó sin pensar.

—¿No dijiste que vivías con ellos en su casa?

Lo cierto era que la mitad de la casa era suya pues era la de sus padres y su hermana y ella la habían heredado tras su muerte, pero no creyó oportuno contárselo.

—Los tres, sí —contestó—. Debí de decirle a Neville, el marido de Hazel, que me iba una temporada a casa de la madrina de mi madre. Hay cosas que no recuerdo —le explicó intentando olvidar la agresión sexual de la que había sido víctima por parte de su cuñado—. El hecho de que el accidente fuera en Londres sugiere que iba de camino a casa de Ellen. En el entierro de mi madre me dijo que fuera a pasar temporadas con ella siempre que quisiera.

—Entonces, al final, ¿tu madre está muerta?

—Sí, y mi padre, también.

—Oh, cariño —murmuró Tye sentándose junto a ella y agarrándole las manos—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés —contestó intentando no pensar en sus padres para no llorar.—Dado que la tía Ellen no se ha puesto en contacto con Neville, supongo que pensaba llamarla desde Londres o que la llamé y no estaba... No sé, hay cosas que no recuerdo. Me acuerdo de irme de mi casa y...

—Y ahora me ofendes diciéndome que te quieres ir también de la mía —la interrumpió Tye.

—¿Te ofendo? ¡No es esa mi intención! —le aseguró—. Pero no tienes obligación de cuidarme.

—¿Tu cuñado trabaja? —le preguntó Tye cambiando de tema.

—Sí —contestó Larch sin saber por qué se lo preguntaba.

—¿Desde casa?

—No, tiene una empresa. No sé qué estaría haciendo hoy en casa. A lo mejor, se le había olvidado algo. Tiene una empresa manufacturera y...

—¿Así que, si te llevo a tu casa, vas a estar sola, sin nadie que te cuide?

—Eh...

¡Cielos! ¡Su hermana no volvía hasta el martes, así que estaría sola con su cuñado! Sintió náuseas, pero se obligó a contestar.

—Neville no suele trabajar los fines de semana. Supongo que estará en casa el sábado y el domingo.

—Pero el lunes y el martes, no, ¿verdad? De verdad, Larch, ¿quieres tirar por tierra lo que has conseguido hasta ahora? ¿Quieres dar al traste con los esfuerzos de Miles, de las enfermeras y de Jane? Vas a estar sola en casa, sin nadie que te haga siquiera una taza de té.

Larch estaba segura de poder preparársela ella. Además, si por Neville fuera, la dejaría morir de hambre.

—Estaré bien —insistió.

—¿Sigues empeñada en irte?

No le apetecía nada volver a compartir techo con su cuñado, pero, ¿qué podía hacer? ¿Quizás irse con su tía EUen? No quería ser una carga para ella. Era una mujer mayor.

—No quiero seguir abusando de tu hospitalidad. No entiendo por qué quieres que me quede. Hasta hace un mes, no nos conocíamos. No estamos prometidos... no tengo derecho a buscar tu compañía.

—¡Claro que sí! —exclamó Tye metiéndose el anillo de pedida en el bolsillo sin mirarla—. Me gusta tenerte cerca —confesó—. En tu casa, no va a haber nadie para ocuparse de ti mientras que aquí nos tienes a Jane y a mí —sonrió—. A mi abuela le habría encantado que te quedarás.

Larch sonrió también y se dio cuenta de que estaba dudando. No quería ser una carga para Tye, pero le acababa de decir que le gustaba tenerla cerca y, por otra parte, la idea de pasar el fin de semana en la misma casa que su odioso cufiado era insoportable.

—Dime que te quedas —dijo Tye mirándola a los ojos.

—¿Me puedo quedar hasta el martes?

Tye le dedicó una de sus arrebatadoras sonrisas.

—Voy a preparar el desayuno —dijo.

Tras desayunar, Tye le aconsejó que se quedara un rato tumbada en el sofá del salón porque suponía que necesitaba tiempo y espacio para sí misma ahora que había recuperado la memoria.

Se pasó buena parte de la mañana pensando en él, pero también estuvo recordando buenos y malos momentos y momentos que preferiría no haber recordado.

Su infancia había sido feliz y hasta los quince años, cuando su madre había enfermado, su vida había sido maravillosa. En menos de un año, su madre se vio confinada a una silla de ruedas.

Para entonces, Hazel estaba trabajando y le iba muy bien. Insistió en dejarlo para cuidar a su madre, pero Larch decidió que lo haría ella. Así, a los dieciséis años había dejado de estudiar voluntariamente para cuidar a su madre, a la que habían dado dos años de vida.

Vivió siete. Larch se preguntó si no seguiría viva si su padre no hubiera muerto en un accidente de coche. Todos habían esperado que muriera primero ella, así que había sido un golpe tremendo cuando hacía nueve meses se habían visto en el entierro de su padre. Un mes más tarde, su madre había dejado de luchar.

Larch había quedado destrozada y su hermana, también. Hazel ya no vivía en casa pues se había casado con Neville Dawson. Sin embargo, había ido a pasar unos días con Larch tras el entierro de su madre y se había puesto a revisar la situación económica de la familia.

Todo estaba en orden. Las herederas de sus progenitores eran, obviamente, ellas a partes iguales. Lo que no estaba tan en orden era, tal y como le confesó Hazel, la empresa de Neville.

Necesitaba dinero y, por lo visto, le había pedido a su mujer que vendiera la casa que acababa de heredar, pero Hazel se negaba a hacerlo y la única solución que se le había ocurrido era vender el piso en el que vivía con él e irse a vivir a casa de sus padres si a Larch le parecía bien.

A Larch le había parecido perfecto. Se sentía muy sola en casa sin nadie y, como su hermana era tan buena, había supuesto que su cuñado, al que apenas conocía, también lo sería. ¡Craso error!

Se habían mudado a vivir con ella rápidamente y Hazel había insistido para que estudiara ahora que podía, después de tanto sacrificio, pero Larch estaba baja de ánimos y no se sentía con fuerzas para ponerse a estudiar.

Hazel le propuso trabajar en la empresa de Neville. Así, estaría distraída y haría algo útil. A Larch le pareció una idea genial.

El trabajo le gustaba, pero pronto descubrió por qué su cuñado siempre estaba contratando gente. ¡Nadie aguantaba porque era un negrero!

Por una parte, agradecía estar trabajando porque así no pensaba en sus padres, pero pronto se vio haciendo su trabajo y el de otra compañera, que se fue porque no podía soportar más y a la que

nunca se sustituyó.

Comenzó a tener estrés y decidió dejarlo, pero, justo entonces, Hazel anunció muy emocionada que la habían seleccionado en su empresa para ir tres meses a Dinamarca a hacer un curso.

Para entonces, Larch ya se había dado cuenta de que el matrimonio de su hermana no marchaba bien y no quiso ser otro motivo de fricción entre ellos. Así que se calló y su contrato temporal pasó a ser fijo.

La misma semana que Hazel se fue a Dinamarca, se despidió otra empleada de la empresa de Neville. Cómo no, su trabajo pasó directamente a Larch, que ya no podía más.

Empezó a llevarse trabajo a casa. Empezó a dormir poco. Cada vez estaba más cansada y no sabía cuánto tiempo podría soportarlo.

Las cosas se habían precipitado aquel viernes en el que había huido de su casa; creía que en dirección a casa de su tía Ellen en Londres. Aquella semana había sido especialmente dura y el viernes se llevó trabajo a casa para el fin de semana. Menos mal que Hazel iba a ir a pasarlo con ellos.

Al llegar a casa, cenó y se encerró en su habitación a trabajar. Le pareció oír el teléfono, pero oyó que Neville contestaba. No le gustaba cómo la miraba últimamente, así que decidió no salir de su dormitorio. Cuanto menos contacto tuviera con él, mejor.

De repente, se abrió la puerta y apareció Neville enfurecido. Le dijo que no iba a ir el fin de semana ni, probablemente, ninguno más hasta que terminara el curso. ¡Para colmo, no había llamado para hablar con él sino con ella!

Estaba cada vez más enfadado y Larch comenzó a asustarse. Se le acercó peligrosamente, la tomó de los hombros y dijo que, si no podía tener a una hermana, tendría a la otra. Dicho aquello, la había besado y tirado sobre la cama.

Tres veces había conseguido zafarse de él y tres veces la había vuelto Neville a forzar a volver a la cama. Sacando fuerzas de flaqueza, lo había intentado una cuarta y, no recordaba cómo, lo había conseguido. Había corrido escaleras abajo y había dado un portazo al salir.

Recordaba haberse caído en el jardín, haberse levantado y haber salido corriendo sin mirar atrás, pensando solo en huir. Recordaba correr, correr, correr y, luego, nada hasta despertarse en el hospital.

Se estremeció sin darse cuenta de que Tye había entrado en el salón silenciosamente.

—¿Qué te ocurre? —dijo preocupado acercándose a ella.

—Nada—mintió.

No se sentía con fuerzas para compartir aquellos recuerdos con nadie.

—¿Has recordado algo desagradable?

—No todos los recuerdos son buenos —contestó intentando sonreír—. Si te portas bien, te haré un sándwich para comer.

Tye la miró muy serio, pero no insistió.

—Jane va a venir para preparar la comida y la cena. Si te portas bien, te acompaño a dar un paseo.

Larch se puso en pie rápidamente.

—Hace frío —anunció Tye en la puerta dándole un jersey.

—¿Para mí?

—Ya verás qué guapa vas a estar con él —sonrió—. Agárrate —añadió una vez fuera ofreciéndole su brazo.

—A mi padre le encantaban las rosas —comentó Larch al pasar junto a ellas.

—¿Hace cuánto que murió?

—Nueve meses. Bueno, ahora, diez —contestó dándose cuenta de que, tal vez, ya fuera siendo hora de que le contara a Tye algo sobre sí misma. Al fin y al cabo, la había cuidado de maravilla—. Mi madre estaba muy enferma y lo último que nos podíamos esperar era que mi padre muriera primero.

—¿Tu madre ha muerto hace poco, entonces?

—Un mes después que mi padre.

Tye le tomó la mano en señal de solidaridad.

—¿Vivías con ellos?

Larch asintió.

—Después de su muerte, estaba muy desanimada, así que mi hermana me animó a que empezara a trabajar en la empresa de su marido.

—No estarás pensando en volver a trabajar ya, ¿verdad?

—No —contestó muy segura—. En cualquier caso, no voy a volver a trabajar con él.

—¿Qué se te da bien hacer?

—Soy muy buena con los números y con el ordenador—recordó.

—Nos hemos dado un buen paseo —anunció Tye—. Ya está bien por hoy. ¿Cómo te encuentras?

—¡Fenomenal! —sonrió Larch.

Volvieron a entrar y se encontró con una pregunta en la punta de la lengua. ¿Cómo había llegado aquel anillo de pedida a su mano? Sin embargo, no la hizo porque no quería entrometerse en asuntos privados.

—Gracias por prestarme el jersey —le dijo educadamente.

—Quédatelo por si quieres volver a salir en otro momento.

—Bueno, hasta luego —dijo sin querer retenerlo por más tiempo suponiendo que tendría que trabajar.

Al poco rato, llegó Jane y, cuando se enteró de que Larch había recuperado la memoria, corrió a darle la enhorabuena.

Tras dejarla sola, se puso a pensar en cómo le iba a decir a su hermana que, no solo no iba a volver a trabajar para su marido sino que, además, se quería ir a vivir sola. Hazel estaba enamorada de su marido, así que no podía contarle que había intentado violarla.

Tye comió en su despacho, así que Larch lo hizo con Jane en la cocina. La dejó ayudar a poner el lavaplatos, pero, en cuanto terminó, le indicó que se fuera a descansar a su habitación. Larch obedeció, se sentó en su butaca preferida junto a la ventana y se sorprendió recordando lo que había pasado después de despertar en el hospital.

Lo primero que recordó, por supuesto, fue a Tye. Siempre allí, siempre solícito, siempre pendiente de ella. ¡Pero si ni siquiera la conocía!

¿Por qué, entonces, había dicho que vivían juntos en Londres? De repente, recordó que había sido ella la que había sugerido aquella posibilidad y él no había hecho más que seguirle la historia. Y ella preguntándole si se acostaban. ¡Qué vergüenza!

Entonces, había supuesto que Tye había llegado hasta el hospital porque lo habrían avisado, pero sabiendo ahora que no se conocían, ¿cómo había llegado en realidad?

Lo cierto era que, cuando había huido de su casa aquel terrible viernes, no llevaba anillo de pedida y, al despertarse en el hospital, sí.

Creyó que había llegado el momento de hacer unas cuantas preguntas.

Capítulo 5

Larch sintió que nunca iba a dejar de estar en deuda con Tye cuando, aquella noche, le dio una preciosa camisa blanca y unos bonitos pantalones negros que le había comprado.

—¿Has ido a comprármelos personalmente?

—Por supuesto —contestó él cuando se reunieron en el salón—. ¿No ibas a descansar?

—¡Ya he descansado mucho! —protestó Larch—. Físicamente, he descansado mucho aunque mi cerebro no para.

—¿No habrás recordado algo más desagradable?

—No —mintió.

—Ya sabes que Miles te ha dicho que puedes tener amnesia no solo por el accidente.

—Sí.

¡Como si no lo supiera!

—Puede que hubieras sufrido algún tipo de trauma y tu cerebro quisiera bloquearlo. Perder a tus padres casi a la vez es una experiencia muy fuerte. ¿Te ocurrió algo más? —insistió Tye.

—Yo... he... ya te dije que se me daban bien los números, ¿verdad? Estaba haciendo el trabajo de dos personas. Supongo que me sobrepasaba y debía de estar muy preocupada.

—¿Tu cuñado se aprovechó de la confianza de tu familia?

«Más o menos», pensó Larch.

—No quiero hablar de ello, de verdad. No quiero parecer maleducada, pero...

—¡Olvídalo! —la interrumpió Tye—. Quiero ayudarte a recuperar la memoria, no hacértelo pasar mal. Vamos a cenar.

Larch lo siguió al comedor. Obviamente, Tye sospechaba que había algo más. ¿Cómo contarle lo que había ocurrido? Era

espantoso.

—Deja de darle vueltas —le dijo interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

Sí, definitivamente, sabía que había algo más.

—El pastel de verdura está delicioso —sonrió Larch.

—Si por Jane fuera, nos cebaría como a dos ocas —le aseguró Tye haciéndola reír—. Háblame de los hombres de tu vida —añadió de repente.

—¿Los hombres? —dijo Larch incómoda.

—Sí, novio y esas cosas, ya sabes.

—Ah —se relajó—. No he tenido mucho tiempo para tener novios, ¿sabes? Por cierto, te quería preguntar por qué llevaba tu anillo de pedida —añadió sin dejar pasar la oportunidad de sacar el tema a relucir—. Perdón, tal vez sea un asunto doloroso —se apresuró a disculparse de que lo más seguro era que fuera de una antigua novia.

—Lo es cuando muere alguien a quien quieres —contestó Tye.

—¿Tu prometida murió?

—Nunca he estado prometido.

—Entonces, ¿cómo ha llegado este anillo a mi dedo? No entiendo nada.

—Deja que te lo explique —dijo Tye con solemnidad—. De pequeño viví aquí una época y siendo adolescente pasé mucho tiempo en esta casa. A mi abuela nunca le cayeron bien ninguna de las dos esposas de mi padre así que, cuando murió, entendí que me correspondía a mí la responsabilidad de recoger sus objetos personales.

—A tu abuela no le habría gustado nada que lo hubieran hecho ellas.

—Veo que me entiendes —sonrió—. Así fue cómo encontré el anillo en uno de sus cajones. Era su anillo de pedida... sabía que no lo iba a necesitar nunca, pero...

—¿No piensas casarte nunca?

—No creo —contestó encogiéndose de hombros—. Tengo treinta y seis años y he tenido novias, pero nunca me he enamorado lo suficiente como para pedirle a nadie que se case conmigo —confesó —. Lo cierto es que decidí dárselo a Paulette, mi cuñada.

—¿La mujer de Miles?

—Así es. Pasé por el hospital donde trabaja para dárselo a él, de hecho, para que lo llevara a agrandar porque mi abuela tenía dedos extremadamente delgados.

—¿Por eso estabas en el hospital?

—Efectivamente.

—De hecho, no habíamos hecho más que saludarnos cuando le avisaron de que tenía una urgencia…Tú.

—¿Me viste?

—Sí, pobrecilla, cómo llegaste.

—Oh… ¿Y qué pasó?

—Que me fui porque Miles no terminaba nunca y volví al día siguiente.

—¿Y?

—Y Miles estaba ocupado con un paciente de nuevo, así que lo esperé un rato— Entre tanto, vi a la enfermera que se había encargado de ti el día anterior y le pregunté por ti. Me dijo que podía subir a la UVI a verte, que estabas en coma.

—¿Y subiste?

—Bueno, cómo Miles estaba ocupado y tenía que esperar… —contestó Tye encogiéndose de hombros.

—¿Y así día tras día?

—Lo cierto es que me dio pena que fueras la única que no recibía visitas.

—Gracias —le dijo sinceramente—. Pero, ¿cómo llegó el anillo a mi mano?

—Ah, sí. Un día, estaba observando tus manos porque tienes los mismos dedos que mi abuela, delgados y elegantes.

—¿De verdad? —preguntó Larch mirándoselos.

—Lo cierto era que todavía no le había dado el anillo a Miles y lo tenía en el bolsillo. Sin apenas darme cuenta, lo saqué y te lo puse. En ese momento, supongo que porque llevabas un par de días sin que nadie te tocara, moviste la mano. Buena señal. Llamé a la enfermera corriendo y la siguiente vez que te vi te habían cambiado de ala.

—¿Estaba despierta?

—Te tenían sedada porque tenías el cuerpo completamente magullado.

—¿Y por qué no aprovechaste para recuperar el anillo?

—Porque el ala al que te habían trasladado estaba guardada por dos fieros dragones. Uno de los dragones se convirtió en un dulce ángel cuando, viendo el anillo en tu mano, me tomó por tu prometido. Tras aquello, me dejaron visitarte sin restricción.

—¿Y por qué ibas a querer verme? Si no me conocías de nada...

Tye se encogió de hombros.

—Me pasaba por el hospital todos los días, no me costaba nada, la verdad. Además, llevabas el anillo —sonrió.

—Me dejaste creer que estábamos prometidos —le recordó sonriendo también.

—Sí.

—¿Por qué? —le preguntó con el corazón latiéndole aceleradamente.

—Porque te acababas de enterar de que habías perdido la memoria, estabas asustada, sola y débil. Necesitabas algo sólido a lo que agarrarte.

—Gracias —murmuró.

No era difícil comprender por qué estaba enamorada de él.

Dio un respingo al darse cuenta de lo que acababa de pensar. ¡Pero era cierto! Sin embargo, no debía permitir que iye se diera cuenta.

—Te estás sonrojando —advirtió.

—Sí... eh... porque me acabo de dar cuenta de la gran carga que he debido de ser para ti —balbuceó.

—No digas tonterías, por favor. Me ha venido muy bien instalarme en Grove House y descansar un poco yo también.

—Mañana mismo me voy a casa.

—¡Ya hemos hablado de eso! En tu casa, no hay nadie para cuidarte, así que punto final.

Larch asintió y sonrió.

Tras recoger los platos, se acostaron y al día siguiente Tye la recibió con una agradable sorpresa invitándola a dar una vuelta en coche diciéndole que salir y ver otras cosas le iría bien.

Larch sintió deseos de saltar de alegría, pero temió estarle robando demasiado tiempo.

—No tienes por qué molestarte... —comenzó.

—No te lo diría si no me apeteciera de verdad —protestó Tye—. Además, ¿qué pasa? ¿Acaso no tengo derecho de no trabajar de vez

en cuando?

—Bueno, si te pones así… ¿Me puedo poner tu jersey? —añadió haciéndolo reír.

Cómo le gustaba oír su risa. Subió a su habitación por el jersey y se preguntó cuándo se había enamorado de él.

El paseo fue una maravilla. Hablaron y callaron. Larch se dio cuenta de que todavía no estaba completamente restablecida cuando se sorprendió quedándose dormida en dos ocasiones.

Comieron fuera y volvieron a casa hacia las tres de la tarde.

—Me lo he pasado realmente bien —le agradeció Larch.

—Yo, también —contestó Tye haciéndola sentirse inmensamente feliz.

Acto seguido, subió a su habitación a descansar con el propósito de dejarle tiempo para él. Una vez allí estuvo pensando sobre los progresos físicos que había experimentado en el fin de semana. Se sentía mucho mejor y el cuerpo apenas le dolía ya.

¡Era un inmenso placer haber recobrado la memoria!

También le producía gran alegría saber por qué Tye nunca le había hablado de las cosas que solían hacer juntos ni de su familia. Hasta que se habían conocido en el hospital, eran perfectos desconocidos. Nunca habían hecho nada juntos ni habían ido a ningún sitio juntos.

No podía parar de pensar en él, era el centro de su universo. Las pocas ocasiones en las que no pensaba en Tye, pensaba en su hermana. Aquello la llevaba, irremediablemente, a acordarse de su asqueroso marido.

Ojalá pudiera confiarse a su hermana, como siempre había hecho en el pasado, pero no podía ser. La destrozaría saber lo que su marido había intentado hacerle.

No sabía dónde ir. En algún momento se iba a tener que ir de casa de Tye y, entonces, ¿qué haría? ¿Qué le diría a Hazel?

El martes, se despertó pronto. Apenas había pegado ojo. Le dolía la cabeza de tanto pensar qué le iba a decir a su hermana para no volver a casa con ellos. La idea de que Hazel se fuera de viaje a menudo y la dejara de nuevo a solas con Neville le parecía sórdida e insoportable.

Bajó a la cocina a preparar té. Se moría de ganas por ver a Hazel, pero le partía el corazón la idea de irse de Grove House y

separarse de Tye.

Comenzó a preocuparse porque estaba segura de que se iba a ofrecer a llevarla a casa. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar que, tal vez, llegaran antes que Hazel. ¿Y, entonces, qué? ¡A solas con Neville!

—Ah, veo que estás levantada... —comentó Tye entrando en la cocina.

Larch no lo había oído entrar pues estaba inmersa en sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre? Estás pálida. ¿Te he asustado? —dijo Tye acercándose a ella y tomándola del brazo para conducirla a sentarse a la mesa.

—No eres tú quien me asusta —contestó Larch sin pensar.

—¿Quién te asusta? Alguien, un hombre te ha hecho algo, ¿verdad? —quiso saber Tye.

Larch negó con la cabeza.

—No, Tye, no...

—Sí, Larch, sí, tienes que contármelo —insistió tomándole una mano entre las suyas.

Larch volvió a negar con la cabeza.

—¿Ha atacado a alguien más?

—¡No! ¿Cómo sabes que...? ¡Yo no he dicho en ningún momento que me hubieran atacado!

—¡No hacía falta! Me di cuenta de que algo no iba bien la noche que fui a ver qué tal estabas y te asustaste mucho al no reconocerme.

—No pasa nada —dijo Larch rezando para que Tye se diera por vencido.

—Lo que ocurrió, que no sé qué es exactamente, te sigue persiguiendo y, dado que estoy encargado de cuidarte...

—Oh, Tye, no puedo reprocharte nada en ese sentido pues me has cuidado de manera inmejorable, pero no quiero cargarte con...

—No me lo puedes impedir —la interrumpió—. Tenemos tres opciones.

—Déjalo estar —insistió Larch.

—Una: pedimos ayuda profesional. Llamamos a Miles y le decimos que nos recomiende a algún colega suya que te pueda ver.

—No quiero...

—Dos: me cuentas qué fue lo que ocurrió y que te tiene preocupada desde que hace cuatro días recobraste la memoria.

—¿Tanto se me nota?

—Sí —contestó Tye sin dudas—. Y tres: le cuento a tu hermana mis sospechas y...

—¡No! —explotó Larch—. ¡No se lo digas a Hazel! —añadió levantándose de la silla horrorizada.

Tye se levantó también y la abrazó para reconfortarla.

—Sss... —le dijo acariciándole el pelo.

Al cabo de un rato, Larch comenzó a tranquilizarse.

—Es... asqueroso —murmuró.

—¿Quién fue? —le preguntó Tye—. ¿Un conocido? ¿Un amigo? —añadió tragando saliva—. ¿El marido de Hazel?

Larch dio un respingo y Tye comprendió que había dado en el blanco.

—Tal vez fuera culpa mía —dijo Larch yendo a sentarse de nuevo.

—¡La reacción típica de la víctima! —exclamó Tye sentándose a su lado—. Larch, pasara lo que pasara, estoy seguro de que tú no tuviste la culpa de nada.

—Quizás, si no hubiera estado tan cansada emocionalmente por la pérdida de mis padres ni tan agotada físicamente por el exceso de trabajo, podría haber reaccionado de otra forma, no sé, quizás podría haber controlado la situación —recapacitó.

Al recordar el horrible episodio en el que su cuñado se había convertido en un monstruo enloquecido, se dio cuenta de que no habría sido así.

—¿Qué ocurrió? —la urgió Tye.

—Hazel llamó... aquel viernes —contestó Larch.

Ya no tenía sentido seguir ocultándoselo. Tye se lo había figurado y, además, confiaba en él. Ya no le parecía una traición hacia su hermana contárselo. Al fin y al cabo, lo amaba. No quería secretos con Tye.

—Quería hablar conmigo y Neville se enfureció. Yo estaba arriba, en mi habitación, trabajando. Entró de repente y... —se interrumpió para tragar saliva—. Y me dijo que mi hermana había llamado para decir que no iba a ir a pasar el fin de semana a casa. Aquello lo había enfurecido, se acercó y me agarró... —se volvió a

interrumpir al recordarlo. Cerró los ojos y tomó aire para continuar —. Me empujó a la cama… —sollozó—. Lo pasé fatal.

—Dios mío —murmuró Tye agarrándole las manos con cariño.

—Conseguí huir de alguna manera, zafarme de él y corrí sin mirar atrás. Después, aparecí en el hospital donde, gracias a Dios, no recordaba nada dé lo sucedido.

Tye se acercó su mano a los labios y se la besó con dulzura.

—¿Te encuentras con fuerzas ahora como para enfrentarte a ello?

—Sí… aunque, por supuesto, me voy a cambiar de casa.

—¿Te vas a ir de su casa?

——No es su casa sino la nuestra. Hazel y yo la heredamos de nuestros padres —le explicó.

—Entonces, ¿él no tiene ningún derecho sobre ella?

—Bueno, es el marido de mi hermana —señaló Larch—. De todas formas, lo que me preocupa no es él sino inventarme una buena excusa para que mi hermana se crea que me voy por otros motivos.

—¿No le vas a contar la verdad?

—¡Claro que no! Sé que el hombre con el que se ha casado no la merece, pero ella no lo sabe. No es que les vaya a las mil maravillas, pero está enamorada de él. Si le contara de lo que es capaz su marido, la destrozaría.

Tye permaneció pensativo unos segundos.

—No creo que estés todavía en condiciones de vivir sola, Larch.

Ella creía lo mismo.

—Cada día estoy mejor —le aseguró sin embargo con una sonrisa.

—¿Y qué harás si, mientras te recuperas del todo en tu casa, tu hermana se va y te vuelves a quedar sola con tu cuñado?

Larch habría preferido que Tye no le hubiera hecho aquella pregunta.

—Mientras mi hermana esté en casa, no pasará nada.

—¿Y cuando no esté? ¿Y cuando esté trabajando o en Dinamarca? —la desafío decidido a sacar a la luz todos sus miedos para que se enfrentara a ellos.

—Ya me las arreglaré… No creo que vuelva a intentar nada — contestó preguntándose a quién estaba queriendo engañar—.

¿Quieres una taza de té? —añadió cambiando de tema por completo y levantándose en dirección a la tetera.

Tye se levantó y la observó servir dos tazas. No había insistido. Eso debía de querer decir que asumía que pronto dejaría de tener que preocuparse por ella.

Se miraron a los ojos y vio algo en los de Tye que la preocupó.

—Creo que me voy a subir a, tomarme el té a mi habitación —anunció Larch.

Cuando volvió a bajar al cabo de unas horas, se encontró con Jane y con una mujer del pueblo que la ayudaba de vez en cuando con la limpieza. El ama de llaves le presentó a la señora Lewis.

Larch se dio cuenta de que, como Jane estaba en casa, era probable que Tye se hubiera ido a Londres a trabajar. ¡Tal vez no volviera hasta la noche!

Tragó saliva al pensar en que, quizás, no volviera a verlo nunca. Conocía a su hermana y sabía que iba a ir a buscarla en cuanto se enterara de que lo que había ocurrido.

—Esta tarde tengo dentista, así qUe os voy a dejar un guiso para esta noche —estaba diciendo Jane—. Así, no tendréis más que calentarlo en el horno y listo.

Larch no se sentía con fuerzas para decirle que lo más probable era que aquella noche ya no estuviera allí para disfrutar de sus maravillosas dotes culinarias.

—Bueno, voy a prepararle un café a Tye —añadió el ama de llaves.

¡Tye estaba en casa!

—¡Ya lo hago yo! —se ofreció Larch.

—Bien —sonrió Jane sorprendida.

Una vez que tuvo el café listo, se encontró con que le daba cierta vergüenza llevárselo a Tye después de haberle contado lo de su cuñado, pero iba a ser su último día con él y quería verlo, así que preparó una bandeja y se dirigió al despacho.

Nada más verlo, trabajando, sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No te levantes —le dijo.

Pero Tye ya estaba en pie y agarrando la bandeja.

—No tenías que haberte molestado,..

—Ya lo sé, pero quería hacer algo. Soy una persona muy activa,

¿sabes? —sonrió—. Bueno, al menos lo era antes de venir a tu casa y vivir como una reina.

Estaba a punto de darse la vuelta para irse cuando Tye la agarró del brazo.

—Quería proponerte una cosa.

—Dime.

—Tengo un trabajo para ti.

Larch lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás ofreciendo trabajo en tu despacho de Londres? —preguntó interesada.

—No creo que puedas ponerte ahora mismo a trabajar ocho horas al día o más, pero había pensado que podrías dedicar un par de horas al día a crear una base de datos informatizada con los libros de mi abuelo.

Larch lo miró muy seria. Le estaba ofreciendo una oportunidad maravillosa.

—¿Eso significa que me podría quedar aquí mientras durara el trabajo? —aventuró.

—Me parece lo mejor, ¿no crees? Así, no tendrías que estar yendo y viniéndole un lado a otro. Sería demasiado cansado —contestó sonriente.

—Oh, Tye —murmuró Larch sonriendo también—. ¡Lo malo es que trabajando solo un par de horas al día voy a tardar siglos en catalogarlos todos!

—¿He dicho yo acaso que tuviera prisa?

Larch negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Porqué?

—Porque tengo que volver a casa... hoy.

—¿Vas a volver a compartir casa con un hombre que es responsable de tu accidente y de que hayas estado al borde de la muerte?

Larch reflexionó. Sí, lo cierto era que el coma era cercano a la muerte.

—Ya has hecho mucho por mí y no quiero abusar de ti —le dijo aunque lo que más deseaba en el mundo era quedarse y catalogar aquellos libros—. Has sido bueno y respetuoso conmigo, pero tienes que entender que no puedo seguir aprovechándome de tu...

—¡Deja de decir tonterías! —la interrumpió Tye—. ¡Tu sitio está aquí, donde te cuidamos!

—¡No me digas dónde está mi sitio! —le espetó preguntándose de dónde había salido aquel mal genio.

Nunca lo había tenido. Claro que nunca antes había estado enamorada. Temía ceder y acceder a quedarse. No, no podía ser. Su orgullo y su educación le indicaban que debía irse y no abusar de la hospitalidad de Tye.

—¿Prefieres volver a tu casa para que ese hombre, por llamarlo de alguna forma, te vuelva a poner las manos encima en cuanto tu hermana se dé la vuelta? —gritó Tye.

—¡Me tengo que ir! —contestó Larch—. Hazel vendrá a buscarme.

—¡Bien! Estoy deseando conocerla.

—¿Por qué? —preguntó Larch asustada.

—Porque creo que ya va siendo hora de que alguien le diga que está casada con un delincuente.

—¡No te atreverás! —imploró Larch.

—¡Claro que sí! ¡Tú ponme a prueba! —la retó Tye.

Capítulo 6

Larch miró a Tye estupefacta durante unos segundos —No... ¡Lo que te dije es un secreto! ¡No puedes contárselo a Hazel! No se lo vas a contar, ¿verdad? —intentó razonar.

—¡Claro que sí! —contestó Tye amenazador.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Larch furiosa—. ¿Quieres acabar con su matrimonio por...?

—¿Tu hermana tiene un matrimonio acaso? —la interrumpió.

Larch se dio cuenta de que no había manera de hacerlo entrar en razón.

—No quiero seguir hablando de este tema —dijo intentándolo de otra manera—. Me tengo que ir a casa. Has hecho mucho por mí y...

—Y ahora tienes la oportunidad de devolvérmelo —la volvió a interrumpir.

Larch lo miró atónita.

—No es un trabajo de verdad, no puedo aceptarlo. Te lo has sacado de la manga, te lo has inventado. ¿Por qué? ¿Para salvar mi orgullo? Ya has hecho más que suficiente. Si no hubieras pasado a ver a Miles aquel día, jamás nos habríamos conocido.

—Precisamente porque el destino quiso que estuviera allí, porque vi cómo llegabas y por cómo te he visto luchar desde entonces no puedo dejar que lo tires todo por la borda. En la semana que has estado aquí, has mejorado mucho. No pienso permitir que vuelvas a compartir casa con ese hombre que puede hacer que tu mejoría se estanque.

—Pero…

Estaba cediendo, se estaba dando cuenta, sí. La sola idea de volver a ver a Neville Dawson le daba náuseas.

—Pero nada —dijo Tye en tono más amable—. ¿Acaso estás mal aquí?

—Oh, Tye, sabes perfectamente que no.

—Míralo con un poco de lógica —insistió—. Te ibas a buscar una casa para ti de todas formas. Si te quedas aquí, te ahorrarás la búsqueda, la mudanza y todo lo demás. Además, tendrás trabajo. Estos libros, de verdad, necesitan ser catalogados.

—¿Y si lo hago mal?

—No lo vas a hacer mal, ambos lo sabemos —le aseguró encantador.

—A Hazel no le va a hacer ninguna gracia.

—Deja que hable yo con ella —dijo Tye.

—¡No quiero que te acerques a mi hermana a menos de un kilómetro! —bromeó Larch temerosa de que le contara sus confidencias.

Tye sonrió sabiendo que había ganado la batalla.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó Larch.

—A ver cómo te encuentras la semana que viene, ¿de acuerdo?

Larch decidió que para el lunes tenía que estar completamente repuesta. Lo dejó tomándose el café y, para empezar la recuperación a fondo, se dio un paseo sola alrededor de la casa.

Se descubrió sonriendo al pensar en que iba a dejar de ser una carga para Tye.

Aquella tarde, sin embargo, no sonreía mientras pensaba en qué le iba a decir a su hermana cuando la llamara. Tenía muy claro que, si lo podía evitar, el nombre de su marido ni siquiera iba a mencionarse en la conversación. Hazel iba a querer saberlo todo sobre el accidente y sobre el hombre que la había recogido en su casa sin conocerla de riada.

A las seis, Tye se reunió con ella en el salón.

—Pareces preocupada —le dijo acercándose al sofá donde estaba sentada.

Aquel hombre se daba cuenta de todo.

—Estoy intentando pensar qué le voy a decir a mi hermana.

—¿Crees que habrá vuelto ya?

—Sí.

Tye le acercó el teléfono.

—Llámala —le indicó—. Te sentirás mejor.

—No sé, me vas a tener que ayudar… —dudó Larch.

—No quieres contarle la verdad, eso lo sabemos, así que mi consejo es que mientas lo menos posible.

Larch asintió y marcó.

—¿Dónde estás? —le preguntó Hazel nada más identificar su voz.

—Estoy bien —intentó calmarla.

—Eso ya lo veo. ¿Dónde estás? —repitió su hermana preocupada —. La tía Ellen se ha quedado de piedra cuando la he llamado hace diez minutos para hablar contigo. Me ha dicho que no ha sabido nada de ti en este tiempo, desde que, por lo que me ha dicho Neville, dejaste el trabajo. Todo esto no es propio de ti, Larch. ¿Qué ha ocurrido? ¡Estaba a punto de denunciar tu desaparición a la policía!

—Perdona.

—Acabo de llegar hace un cuarto de hora y Neville me dice que has dejado el trabajo y te has ido a casa de la tía Ellen.

—Creo que esa era mi intención —contestó Larch.

¡Uy, no tendría que haber dicho aquello!

—¿Cómo que lo crees? ¿No estás segura?

—Yo… eh… he tenido un accidente —confesó—, pero estoy bien, de verdad…

—¿Has tenido un accidente? —se alarmó su hermana.

—Sí, eh… me atropello un coche, pero ya he salido del hospital…

—¿Cómo? ¡Dios mío! ¿Has estado ingresada? ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás? ¡Ahora mismo voy!

—No estoy en High Wycombe —contestó Larch—. Estoy en un pueblo llamado Shipton Ash, en Hertfordshire.

—¡En Hertfordshire! —exclamó Hazel—. Dame la dirección exacta… ¿Te han operado? ¿Por qué no se lo dijiste a Neville? Habría vuelto de Dinamarca al instante. ¿Te has roto algo?

—No, no me he roto nada, tranquila —contestó omitiendo el detalle de la amnesia—. No le dije nada a tu marido porque no quería que interrumpieras el curso —añadió rezando para que su hermana se lo creyera—. No hace falta que vengas, acabas de llegar de viaje y…

—¡Voy a ir ahora mismo para traerte a casa! —la interrumpió

Hazel.

Larch sintió pánico. Tye iba a acabar contándole a su hermana por qué no quería volver a su casa en Warren End.

—No... estoy preparada... todavía para volver a casa —dijo.

—¿Estás mal? ¿Estás grave?

—No, no, de verdad, me estoy recuperando, pero es que quiero tomarme las cosas... con tranquilidad.

—Muy bien, pero quiero ir a verte —decidió Hazel.

—¿No estás cansada?

—Te he dicho que voy a ir.

—Bien... ¿Me podrías traer algo de ropa?

—¿Dónde estás?

—En una casa que se llama Grove House.

—¿Es una clínica?

—No, es una casa normal —contestó tragando saliva.

Tye la animó con una sonrisa.

—¿De quién es?

¡Por Dios, Hazel! ¿Por qué quería saber eso inmediatamente?

—De Tye Kershaw —contestó.

—¿Tyerus Kershaw de Kershaw Research and Analysis?

—¿Lo conoces?

—Personalmente, no, pero tiene fama de honrado. Una vez, llamó a mi empresa para hablar con los auditores porque había algo que no le olía bien. ¿Está ahí contigo?

—Sí.

—Me gustaría hablar con él.

—No hay necesidad —se apresuró a asegurarle Larch.

Hazel, de momento, se dio por vencida.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, seguro.

—Ahora mismo voy para allá.

Larch colgó lentamente y miró a Tye.

—Te conoce. Dice que una vez llamaste a su empresa, Berry and Thacker. Me ha asegurado que eras una persona muy recta y quería hablar contigo.

—Pero tú no has querido, ¿verdad? .

—No hasta que me prometas que no le vas a decir nada de lo que te he contado de su marido.

Tye la miró muy serio.
—Prometo no contarle jamás a tu hermana con qué clase de hombre está casada si tú me prometes no volver a vivir bajo el mismo techo que él.
—¡Eso es chantaje!
—Llámalo como quieras, Larch. ¿Me prometes que no vas a dejar que tu hermana te convenza para que te vayas con ella?
—No creo que tenga opción.
—Cierto —sonrió Tye—. Voy a ver si hay cena para tres o… ¿no vendrá acompañada?
Larch empalideció al pensar que su hermana podía llegar con su marido.
—No te preocupes, voy a estar contigo —la tranquilizó Tye.
Era obvio, y ambos lo sabían, que no estaba preparada para volver a su casa y ver a Neville.
Lo que fue obvio también fue que Hazel no tenía hambre.
—¡Oh, Larch! —exclamó abrazándola cuando Larch le abrió la puerta—. ¿Qué tal estás? —añadió mirándola—. Lo cierto es que tienes mejor aspecto que la última vez que te vi. ¿Qué te ha ocurrido?
—Pasa, quiero presentarte a Tye —contestó Larch girándose hacia el hombre que las estaba observando a una distancia prudente.
Durante la siguiente hora, Larch le contó a su hermana lo ocurrido y Hazel comprendió que no había dejado el trabajo sino que no recordaba tenerlo. Al principio se mostró muy preocupada porque su hermana pequeña hubiera estado ingresada sin saber quién era, pero, poco a poco, se fue tranquilizando.
Sin embargo, a Larch le pareció que estaba distraída por algo.
—¿Te pasa algo? —le preguntó al cabo de un rato viéndola juguetear con la comida.
—¿A mí? No, no, nada —contestó Hazel sonriendo—. Quería que te volvieras a casa conmigo, pero veo que estás bien y además…
—Me gustaría que Larch se quedara aquí conmigo —intervino Tye.
Hazel parecía aliviada.
—¿De verdad? Ahora que he comprobado con mis propios ojos que mi hermana está bien, me voy tranquila de nuevo a Dinamarca.

Gracias.

—De nada —contestó Tye—. Larch sabe que puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera.

—Sí, de hecho Tye me ha ofrecido un trabajo —dijo la aludida.

Mientras terminaban de cenar, le contó en qué consistía, le habló de Miles y le dio el teléfono de Grove House para que la llamara siempre que quisiera.

—¿Cansada? —le preguntó Tye cuando Hazel se hubo ido.

—Un poco—admitió Larch.

—Ha sido un día duro, ¿verdad?

—Gracias por no contarle nada a mi hermana.

—Vete a dormir. Ya te subo yo la maleta.

Tras aquel día, a Larch le pareció que mejoraba a pasos de gigante. El cuerpo cada vez le dolía menos y comenzó a andar con brío en los paseos por las cercanías de la casa.

Tanto fue así que el domingo por la tarde Tye le propuso que dieran una vuelta por el pueblecito.

Larch aceptó encantada. El lugar resultó ser precioso y pensó que no le importaría en absoluto vivir allí para siempre, pero se dijo que no debía dejarse llevar por semejantes pensamientos porque sabía que, tarde o temprano, iba a tener que irse.

Sí, tendría que irse y separarse de Tye. Era lo último que quería en el mundo, pero era así. Un simple paseo con él era una maravilla. Lo cierto era que quería quedarse para siempre con él.

—Me ha encantado el paseo —le dijo sinceramente al volver a casa.

—Te ha sentado bien porque tienes buen color —contestó él besándola de repente.

Larch lo miró sorprendida.

—Perdón —dijo Tye dando un paso atrás—. No era mi intención. Creo que ha sido por el precioso color de tus mejillas —bromeó.

—No le des importancia —contestó Larch no queriendo avergonzarlo.

Seguramente, ni siquiera había querido besarla de verdad.

—Será mejor que descanses —dijo Tye alejándose.

Durante la siguiente semana, Larch lo vio poco. ¿La estaba evitando? Debía de ser eso porque lo estaba haciendo muy bien.

Hazel, de vuelta ya en Dinamarca, la llamaba todas las noches. Larch quería contarle que estaba enamorada de Tye, pero no encontraba el momento.

Le dolía el corazón de tanto amor, pero sufría en silencio su ignorancia. ¿Por qué no quería verla?

Después de toda la semana esperando para cenar con él algún día, llegó el viernes y pudo hacerlo, pero apenas hablaron.

Larch se levantó para recoger la mesa, pero Tye le dijo que no lo hiciera.

—¡Te recuerdo que no fui yo quien tuvo la idea de que me quedara! —le espetó de repente dejando los platos sobre la mesa de nuevo y saliendo corriendo del comedor.

No había llegado más que a la escalera cuando Tye ya estaba a su lado.

—No llores —murmuró al ver lágrimas en sus preciosos ojos azules—. Por favor, no llores.

—¡No lo haría si dejaras de comportarte como un auténtico canalla! —gritó Larch arrepintiéndose al instante—. Perdona, no he querido decir eso.

—Ven aquí—sonrió él abrazándola.

Verse entre sus brazos fue una bendición, ni más ni menos, pero no podía abrazarlo porque no quería que supiera que lo amaba. Se apartó y Tye la soltó al instante.

—Antes no era así —se disculpó Larch—. No solía discutir ni mostrarme quisquillosa.

Recapacitó y se dio cuenta de que era porque estaba tan enamorada de él que se encontraba muy sensible.

—Todavía estás en fase de recuperación —contestó Tye—. Y, además, soy un bruto.

—En eso estamos de acuerdo —sonrió Larch a pesar de que no lo creía en absoluto. Sin poder evitarlo, dio un paso al frente y lo besó.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó dándose la vuelta y corriendo hacia su habitación rezando para que creyera que había sido para estar en paz por el beso que él le había dado el domingo por la tarde.

El lunes por la mañana, Tye se fue tan pronto a trabajar que a Larch no le dio tiempo más que de ver las luces de freno de su

coche.

Se había instalado de momento en Grove House, pero tendría que volver algún día a vivir en Londres, ¿no? De momento, rezó para que no fuera aquel día y volviera para la cena.

Se encontraba muy bien, con fuerzas, así que tras desayunar decidió comenzar con la catalogación de los libros. No tenía ni idea de cómo los catalogaban en una biblioteca de verdad, pero ella inventó un sistema sencillo y claro y estuvo toda la mañana trabajando.

Paró a la hora de comer y, tras una siesta, salió a dar un paseo con Jane. .

Fue el comienzo de una semana buenísima en la que Tye fue a cenar todas las noches y charló con ella animadamente. El viernes, sin embargo, Larch comenzó a pensar que, si se encontraba tan bien, pronto tendría que irse de Grove House.

Por la tarde, estaba ocupada colocando unos libros en la parte alta de la librería cuando apareció Tye muy enfadado.

—¿Qué haces? —le espetó—. ¡Baja de ahí ahora mismo!

—Si me lo pides con tanta amabilidad... —se burló Larch comenzando a bajar.

Hacerlo con dos libros en la mano no resultaba tan fácil como subir con las dos manos en la escalera y, sin saber cómo, se vio volando por los aires y aterrizando en brazos de Tye.

Se dio cuenta de que la había agarrado como había podido y se encontró con sus manos en los pechos.

Sorprendida, lo miró sin decir palabra.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó cuando consiguió reaccionar.

Tye la soltó al instante y la dejó en el suelo.

—No tienes nada que temer...

—¡No me vuelvas a tocar! —gritó furiosa.

Sin embargo, al cabo de un par de segundos, el enfado se le había ido tan rápido como había llegado,

—Oh, Tye, perdona —se apresuró a disculparse.

Aquel hombre jamás le haría daño. Podía confiar en él por completo.

—Perdón —repitió—. No sé qué me ha pasado.

Tye la miró preocupado.

—¿Tienes miedo a los hombres por lo que te pasó? ¿Me tienes miedo? —preguntó algo pálido.

—No, no, claro que no. Confío plenamente en ti, Tye —le aseguró—. De verdad, no sé qué me ha pasado, no sé por qué me he asustado. Supongo que por culpa de Neville Dawson —recapacitó—, pero tú no tienes nada que ver con él.

—Me alegro de oír eso —dijo Tye.

—Además, no estoy acostumbrada a… que me toquen —confesó para dejarlo completamente tranquilo—. Ni por accidente ni adrede. Supongo que me he sorprendido.

—¿No tienes experiencia?

Larch enrojeció hasta la raíz del pelo.

—No —admitió—. ¿Me abrazas, por favor?

Ante aquella prueba de que confiaba en él por completo, Tye sonrió y la abrazó. Larch apoyó la cabeza en su pecho y se sintió en la gloria.

—¿Mejor? —le preguntó Tye transcurridos unos segundos.

—Mucho mejor —contestó Larch tomándose la pregunta como señal de que se había terminado el abrazo.

Hizo amago de soltarse y Tye la soltó, pero, extrañamente, no se apartó sino que se quedó mirándola a los ojos.

—Sabes que jamás me aprovecharía de tu inocencia, ¿verdad?

—¿Jamás? —bromeó ella—. ¿Ni siquiera si te lo pido de rodillas?

Tye no sonrió sino que estalló en una carcajada.

Se volvieron a mirar a los ojos y ambos, muy serios, se fueron acercando. Tuvieron tiempo para cambiar de opinión, pero ninguno de los dos lo hizo. Larch quería besarlo y supuso que, ya que lo estaba haciendo, él, también.

Notó que se le aceleraba el corazón y pensó que quería más. Aquello era maravilloso.

—Eres un diablillo —dijo él sin dejar de besarla.

«Oh, Tye, te quiero tanto», pensó Larch.

Ojalá pudiera decírselo, pero no podía, así que siguió besándolo hasta que sintió la respuesta física del cuerpo de Tye. La deseaba tanto como ella a él.

Entonces, se apartaron. Ella, por supuesto, por vergüenza.

—Señorita Burton, le diré que tiene usted facilidad para acabar

con la resolución de un hombre.

Fuera aquello verdad o no, lo cierto fue que dejó de abrazarla y Larch supo que se habían acabado los besos, pero aquellos momentos habían sido mágicos. Tanto que apenas podía hablar.

—Bien —acertó a decir antes de alejarse para no rogarle que volviera a abrazarla.

Capítulo 7

Larch nunca se había encontrado tan confusa como en el siguiente fin de semana.

—Vamos a dar una vuelta en coche —propuso Tye el sábado por la mañana.

Estaba tan enamorada de él que le habría dicho que sí aunque le hubiera propuesto que fueran a hacer puenting. Lo único que quería era estar con él.

No paraba de revivir aquellos besos y de recordar su maravillosa boca, pero Tye no volvió a intentar besarla durante el fin de semana.

—Ayer llamé a casa para preguntarle a Jane qué tal estabas y me dijo que estabas en la biblioteca —le comentó sin embargo.

«Vaya, ¿sueles llamar a casa para preocuparte por mí? ¿Tanto te importo?», se preguntó Larch. «Claro que le importo, pero como yo quisiera», se contestó a sí misma.

—¿Y por eso te enfadaste?

—No, fue porque me dijo que también habías estado toda la mañana. Habíamos quedado en que le dedicarías solo una o dos horas al día.

—Uy, uy, uy, veo que me vas a regañar.

—¡Y lo peor es que te encuentro subida a una escalera!

—No quiero discutir, Tye —contestó Larch.

Quería pasarlo bien con él, no tener malos recuerdos cuando se fuera.

—¿Eso quiere decir que vas a obedecer mis instrucciones? —sonrió él.

—Por supuesto —mintió ella haciéndolo reír.

—Prométeme que no te vas a volver a subir a la escalera si Jane

o yo no estamos en la biblioteca.

—¿Por qué? Hay libros que están muy altos.

—Porque Miles no te ha dado aún el alta definitiva. Podrías marearte y volver a darte en la cabeza y no queremos que eso ocurra, ¿verdad?

—Desde luego que no —contestó sinceramente—. Está bien, seré buena. Por cierto, ¿no debería llamar a Miles para ver cuándo tengo que ir a verlo?

—Ya lo he hecho yo. El viernes a las tres.

—¡El viernes a las tres! —repitió Larch un tanto apesadumbrada.

—En la clínica Roselands —confirmó Tye.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días.

—¿No me lo ibas a decir?

—Por supuesto que sí —contestó Tye tan tranquilo—. El viernes.

Aquella misma tarde, al volver del paseo, habló con Hazel.

—¿Sigues en Dinamarca?

—Sí —le contestó su hermana.

—¿Cuándo vas a volver? —le preguntó pensando en que, si Miles le daba el alta el viernes, tendría que abandonar Grove House.

—¿Estás bien?

—Claro que sí —contestó Larch sabiendo que no era cierto.

No estaba completamente recuperada, pero a partir del viernes tendría que irse. ¡No tendría excusa para seguir allí!

Aquella noche, no durmió bien, pero al día siguiente decidió no pensar en cuando no estuviera con Tye. Ya llegaría el momento de afrontar aquella situación. Desgraciadamente, demasiado pronto.

Tye tuvo que trabajar, pero encontró un rato para salir a dar un paseo por el pueblo. Fue una buena ocasión para Larch para atesorar algunos recuerdos bonitos, como estar los dos en un pequeño puente en mitad del campo o cómo Tye le había puesto el brazo alrededor de los hombros para hacerla notar un precioso pájaro.

Faltaba poco para diciembre. En Navidad estaría en casa. No quería pensarlo. Su casa ya no era su casa. ¿Y dónde estaría Tye entonces?

El lunes, se fue muy pronto a la oficina y Larch se encaminó a la biblioteca. Al llegar, el corazón le dio un vuelco. Los libros de las

últimas estanterías estaban sobre la mesa. ¡Tye se los había bajado! Sintió un inmenso amor por él.

Volvió a casa a las siete y Larch, nada más verlo, se sintió de un humor excelente. Cenaron juntos, charlando animadamente, y recogieron la mesa. Larch consiguió que la dejara fregar los platos y Tye los secó.

Estaban conversando de todo y de nada cuando Tye le anunció que el miércoles debía ausentarse por unos días.

—Oh —murmuró Larch.

¡Se sentía morir porque no lo iba a ver solo durante dos días! ¿Cómo se iba a sentir cuando no lo volviera a ver jamás?

—Jane se va a quedar contigo —le aseguró Tye.

—No hace falta...

—Claro que sí. Además, estaré de vuelta el viernes para llevarte a la clínica a ver a Miles.

—No quiero ocasionarte ninguna molestia. Quiero decir que, si tienes que trabajar...

—¿Quieres dejar de sentirte culpable, por favor? Mi trabajo no se resiente por tu presencia. La empresa va cada día mejor, de hecho.

—Pero...

—Pero nada.

Aun así, Larch se sentía culpable.

—Si lo has decidido así...

—Así es —contestó Tye—. Quiero acompañarte y punto.

En ese momento, sonó el teléfono y Tye contestó.

—Sí, está aquí —dijo—. ¿Qué tal estás? Sí, muy bien, te la paso —añadió—. Es tu hermana.

—Hola, Hazel —saludó Larch—. ¿Sigues en Dinamarca?

—Sí, pero voy a ir a casa este fin de semana. Tengo que... Bueno, ya te lo contaré cuando nos veamos.

—Parece importante.

—No seas cotilla —rio Hazel.

—Seguro que te han ascendido —aventuró Larch.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, cada día mejor. El viernes voy a ver si me dan el alta.

—No lances las campanas al vuelo, ¿eh?

—Todavía no tengo fuerzas como para lanzar nada —contestó Larch haciéndola reír.

Tras charlar un rato más, colgaron pues Larch no quería entretener a su hermana porque suponía que tenía mucho que estudiar.

—¿Van a ascender a Hazel? —le preguntó Tye.

—Trabaja mucho —contestó Larch—, así que no me extrañaría. Además, me ha dicho que me tenía que decir una cosa, pero no quería que fuera por teléfono. Me lo dirá esté fin de semana, que viene a Inglaterra.

Al día siguiente, lo vio irse muy pronto también y ella se dirigió a la biblioteca. Sonrió al ver que, por arte de birlibirloque, los libros que había catalogado el día anterior habían vuelto a su estantería y había unos cuantos nuevos esperándola.

Poco antes de las doce, oyó un coche que llegaba a toda velocidad. Miró por la ventana y vio que no era Jane sino una elegante mujer de unos cuarenta años.

Llamó a la puerta y Larch fue a abrir.

—¡Hola! —saludó la mujer—. Soy la cuñada de Tye.

—¿Paulette?

—¡Te ha hablado de mí! ¡Estupendo! —sonrió la mujer—. Lo cierto es que cuando Miles me ha dicho que Tye estaba viviendo con su novia, no he podido soportar la tentación y he venido corriendo. ,

Larch la miró con la boca abierta. ¿Creía que Tye y ella eran pareja? No sabía qué hacer primero, sacarla de su error o invitarla a pasar.

—Pasa —le dijo. Al fin y al cabo, no era un tema como para tratar en la puerta—. ¿Quieres un café?

—No, gracias —contestó Paulette—. Madre mía, esta casa está igual que siempre. No es que viniera mucho cuando vivía la señora Kershaw, ¿sabes? —rio—. Más que nada porque me dijo que le levantaba dolor de cabeza con mi parloteo. Podía ser realmente desagradable, la buena señora.

Habían llegado al salón y Larch se echó a un lado para dejar pasar a la cuñada de Tye.

—Siéntate —le indicó amablemente—. Mira, no sé lo que te habrá contado Miles...

—¿Lo conoces?
—Sí, pero…
—¡Qué típico! Miles no quiere contarme nada, ¿sabes? Solo porque hace unos años le conté a una amiga mía una cosa sobre un paciente suyo, pero fue una tontería, de verdad —rio con risa contagiosa—. ¡Menos mal que hay otras muchas cosas de las que hablar!
—Lo cierto es que…
Larch había intentado ya dos o tres veces hablar, pero Paulette no le hacía ni caso. ¿Sería que hablaba en voz muy baja?
—Miles se ha tomado hoy el día libre porque ayer estuvo operando hasta las cuatro de la madrugada —continuó la cuñada de Tye—. No sé si lo dejaran tranquilo porque siempre surge algo, ya sabes, pero, bueno, lo cierto es que yo quería salir a comer y él quería, el pobre, quedarse en casa descansando —añadió sin apenas tomar aire. ¿Cómo no se ahogaba?—. La verdad es que necesita descansar, así que le he dicho que no había ningún problema, que no se preocupara por mí, que ya se me ocurriría otra cosa que hacer.
A Larch, acostumbrada a una existencia tranquila en Grove House, aquella mujer simpática pero parlanchina le pareció un huracán. Además, dudaba mucho que se mostrara tan abierta con ella si supiera que no era la novia de Tye.
—Sí, sé que Miles trabaja mucho —comenzó decidida a contarle por qué lo sabía.
—¡Dímelo a mí! —intervino Paulette—. Sí, bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí. Miles quería descansar, así que he decidido irme a dar una vuelta, pero no demasiado lejos para ver si luego puedo estar un rato con él porque, ¿sabes?, lo adoro —rió—. Así que le he dicho: «Tú descansa, mi amor, que yo me voy a acercar a Grove House porque, como Tye suele estar también muy ocupado, puede que esté llena de «okupas» y ni siquiera se haya dado cuenta». Imagina mi sorpresa cuando mi marido me dice que no puedo venir. Por supuesto, he querido saber por qué.
—Por supuesto —murmuró Larch.
—Mi sorpresa ha ido en aumento cuando Miles, porque lo he obligado, es cierto, me ha contado que no podía venir porque Tye tenía una invitada. ¿Una invitada? ¿Una mujer? No podía

creérmelo. Por fin, Tye ha sentado la cabeza y se ha traído a casa a uno de sus ligues para vivir con ella. Nunca lo habría dicho de él, siempre tan esquivo al compromiso.

Larch abrió la boca para explicarle a Paulette Phipps por qué estaba en casa de Tye, pero...

—¿Esquivo? —se sorprendió a sí misma diciendo.

—Perdona que te hable con tanta sinceridad —se disculpó Paulette volviendo a la carga—. Es que, de verdad, me parece imposible que Tye, una vez pasada la pasión de los primeros momentos, decida vivir con una mujer. Yo lo tenía por un hombre al que no le gusta que se le cuelgue ninguna mujer del cuello, ¿sabes? Claro que ahora que te conozco...

En ese momento, sonó su teléfono móvil.

—¿Sí? —contestó la cuñada de Tye—. ¡Claro, mi vida, encantada! ¿Seguro que no quieres descansar? ¿Eh? No, claro que no he ido a Grove House —añadió sonriendo—. Muy bien, estaré en casa en veinte minutos. Hasta luego.

Colgó muy contenta y se levantó a toda prisa.

—Se cree que, invitándome a comer en mi restaurante preferido, va a evitar que venga por aquí —se rió de nuevo—. En fin, cariño, siento no poderme quedar más tiempo, pero mi marido me reclama —añadió avanzando por el pasillo en dirección a la puerta.

—Paulette... —lo intentó Larch por última vez.

—Sí, sí, ya me paso otro día y comemos juntas, ¿de acuerdo?

—Yo...

—¡Me tengo que ir volando! —dijo corriendo hacia su descapotable.

Larch volvió a la biblioteca para seguir trabajando, pero no podía. La visita de Paulette la había trastocado. Al poco tiempo, llegó Jane y fue a preguntarle si le apetecía pastel de pollo para cenar.

—¿Estás bien? —le dijo al verle la cara.

—Ha venido Paulette Phipps —contestó Larch.

—Ah —dijo Jane como si aquello lo explicara todo.

Una vez a solas de nuevo, recordó todo lo que había dicho la cuñada de Tye. Lo cierto era que le había caído bien, era una mujer abierta y divertida, pero entendía por qué su marido no le decía nada sobre sus pacientes. No podía mantener la boca cerrada, lo

contaba todo.

Le era imposible concentrarse en el trabajo, así que fue a tomarse un sándwich con Jane. Luego, salieron a dar un paseo, pero Larch no podía dejar de pensar en las palabras de Paulette.

¿Qué había sido aquello de tener una mujer colgada del cuello? ¿Estaría ella comportándose así? Tye era tan bueno que jamás se atrevería a decirle que debía irse ya. Estaba claro que debía irse. No era, ni jamás había sido, responsabilidad de Tye. No era su novia ni su prometida ni nada por el estilo.

¿Y dónde iba a ir?

No quería estar sola, así que se quedó con Jane pelando verduras para la cena hasta que el ama de llaves anunció que tenía que ir a ayudar para las celebraciones de Navidad.

A las seis y media, oyó el coche de Tye y decidió no contarle que la mujer de su hermanastro había estado allí. Al fin y al cabo, Paulette no tenía intención de decirle a su marido que había ido a Grove House. Si Tye se enteraba algún día, ella ya se habría ido hacía mucho tiempo.

—¿Has tenido un buen día? —lo saludó al entrar.

—No me puedo quejar —contestó Tye—. ¿Y tú?

—Como siempre —mintió Larch—. ¿A qué hora quieres cenar?

—Cuando esté la cena lista —contestó Tye yéndose a cambiar.

Durante la cena, Larch intentó mostrarse natural, como de costumbre, pero no podía. Cada vez que iba a abrir la boca, se preguntaba si lo que iba a decir sonaba típico de una mujer que se cuelga del cuello de un hombre, de una pesada, y, al final, no lo decía.

—¿Qué te pasa, Larch? —le preguntó Tye, tan observador como siempre, mientras fregaban los platos.

—Nada —mintió.

Tye no la creyó, así que la tomó por los hombros y la giró para mirarla a los ojos.

—¿Tienes miedo de lo que Miles pueda decirte el viernes?

«Por supuesto», pensó. «Me tendré que ir y no sé adonde».

—Claro que no. ¡Estoy segura de que pasaré cualquier prueba con animalitos de colores que me ponga! —bromeó.

Tye sonrió para animarla.

—Muy bien, así me gusta. Si te portas bien, después te invito a

cenar.

«¡Oh, Tye, no me hagas esto!».

No había nada en el mundo que le apeteciera más que salir a cenar con él el viernes, pero no quería resultar pesada.

—Me portaré bien —le prometió rezando para que no reservara mesa en ningún sitio porque no iba a estar.

Terminaron de secar los platos juntos y Larch sintió que se le encogía el corazón al compartir aquellos momentos de intimidad doméstica con Tye. Miró el reloj calculando las horas que le quedaban con él.

—Hazel no llama —apuntó Tye creyendo que miraba la hora por eso.

—Es cierto —contestó Larch dándose cuenta de que su hermana solía llamar un poco antes.

Fueron al salón. Larch no podía dejar de pensar que no se quería separar de él, pero sabía que era imposible. Tye se iba al día siguiente de viaje y la siguiente vez que lo iba a ver sería el viernes para ir a la clínica.

De pronto, se encontró con la cabeza bulléndole como una olla a presión, así que, sin pensarlo, se levantó de la butaca.

—¡Me voy a la cama! —anunció bruscamente.

—Larch, ¿qué te pasa?

—No creo que Hazel vaya a llamar ya hoy —contestó yendo hacia la puerta.

Tye llegó antes.

—Algo te preocupa —dijo mirándose en sus preciosos ojos azules.

—¡Claro que no! —intentó sonreír.

¡Claro que sí! La preocupaba no volverlo a ver. ¿Cómo iba a soportarlo?

—¿Te duele la cabeza? —insistió Tye nada convencido.

—No, estoy bien, de verdad. Solo un poco cansada —mintió.

Tye la miró durante unos segundos y la dejó pasar.

—Buenas noches —dijo Larch corriendo escaleras arriba.

No estaba físicamente cansada, pero la cabeza no paraba de darle vueltas y aquello resultaba agotador.

Se duchó y se puso el camisón mientras se decía que siempre había sabido que, tarde o temprano, se tendría que ir.

Sí, pero la visita de Paulette la había dejado muy intranquila. ¿De verdad se habría colgado tanto del cuello de Tye?

Tye, oh Tye. No iba a volverlo a ver hasta el viernes.

¡No quería pensar en ese día!

Ver a Miles no la preocupaba en absoluto, se encontraba bien y sabía que le iba a dar el alta.

Lo malo era lo que iba a llegar a continuación. ¿Qué le iba a decir a Tye? ¿Cómo se sentiría cuando oyera a su hermanastro pronunciar las palabras que lo liberaban de ella?

«Muy bien», pensó Larch.

Sintió ganas de llorar, pero se contuvo. Tenía que pensar en cosas más prácticas.

¿Qué le iba a decir a Hazel para no volver a casa con ellos? No estaba dispuesta a compartir el mismo techo con Neville Dawson ni un solo día de su vida.

Eso quería decir que al día siguiente debía empezar a buscar una habitación. No tenía por qué ser en High Wycombe, pero sabía que Hazel iba a ser un problema. Era la hermana mayor y no se lo iba a poner fácil.

Lo más difícil iba a ser despedirse de Tye, pero no tenía otro remedio. Había sido una pesada carga para él.

Estaba sentada junto a la ventana pensando en Tye cuando el objeto de su desvelo llamó a la puerta y, transcurridos unos segundos, entró muy serio.

Se acercó y se quedó mirándola.

—¿Qué? —dijo Larch.

—Eso digo yo, ¿qué? ¿Qué te ha dicho Paulette que te ha dejado así?

—¿Cómo sabes que ha estado aquí?

—Desde luego, no porque me lo hayas dicho tú. ¿Por qué no me lo has contado?

—Porque... yo... eh

No sabía qué decir. Pensó en mentir y decir que se le había olvidado, pero sabía que el paso del huracán Paulette era difícil de olvidar y, evidentemente, Tye lo sabía también.

—¿Ha llamado? —preguntó dándose cuenta dé que Tye no sabía nada de su visita en la cena.

—Ha llamado Miles —contestó él.

—Ya... Bueno, sí, Paulette ha estado un rato aquí esta mañana.

—Y en ese rato ha dicho algo que te ha preocupado, ¿verdad?

—Claro que no. Me ha caído muy bien, de hecho.

—Es encantadora, sí, pero mete la pata continuamente porque habla demasiado —sonrió Tye haciéndola sonreír a ella también—. Dime, ¿qué metedura de pata ha hecho contigo?

—¡No ha sido para tanto! —se apresuró a asegurarle dándose cuenta demasiado tarde de que, efectivamente, había metido la pata.

—Cuéntame.

Estaba claro que Tye no iba a parar hasta que no le dijera algo.

—Paulette creía que…era tu novia. Bueno, más bien, tu ligue.

—Oh, Larch, lo siento mucho.

—No es culpa tuya. Por lo visto, Miles no le cuenta nada de sus pacientes, pero se le escapó que yo estaba aquí contigo y Paulette dio por hecho que...

—Y Paulette dio por hecho que dos más dos, cuarenta, como de costumbre.

—Intenté explicarle que no era así, pero...

—Pero no conseguiste hablar —la interrumpió Tye como si lo supiera perfectamente—. Tendría que haberte prevenido. Ha habido gente que se ha escondido debajo de la cama cuando la han visto aparecer en su puerta, ¿sabes? —bromeó haciéndola sonreír de nuevo—. No había pensado que se le pudiera ocurrir pasarse por aquí. Mañana mismo la llamaré para sacarla de su error.

—No, no lo hagas...

—Sí, claro que lo voy a hacer —le aseguró.

Larch sonrió, pero, al comprender que Tye no quería que nadie creyera que eran pareja, no pudo evitar que se le desvaneciera la sonrisa.

—¿Qué he dicho? —preguntó Tye.

—Nada, nada —contestó ella—. Espero que tengas más suerte que yo.

—Sí, me voy a tener que dar prisa, ¿sabes?... Me acuerdo una vez que Paulette fue a bucear y tuvo que dejarlo porque descubrió que debajo del agua no se podía hablar.

Larch estalló en carcajadas.

—¡Te lo acabas de inventar! —lo acusó.

—Así está mejor —contestó Tye contento de verla de buen humor.

De repente, se acercó y la abrazó. Larch sabía que era solo para animarla, pero, sentir el calor de su piel a través de la camisa y saber que no lo iba a volver a ver...

No quería pensar en aquello.

Tye la abrazó con fuerza, así que ella también lo abrazó.

—Cariño... —dijo con voz rara.

Larch miró hacia arriba y se encontró con su boca.

Deseó que la besara y, como si le hubiera leído el pensamiento, Tye lo hizo. Fue un beso cariñoso y cálido.

—Debería soltarte —murmuró.

—No, no debes —contestó Larch sonriendo tímidamente.

Aquello fue suficiente para que Tye la volviera a besar. Larch sintió que el corazón se le aceleraba y se apretó contra él.

—Qué guapa eres —le dijo al oído.

«Oh, Tye, cuánto te quiero», pensó Larch mientras lo besaba con pasión y sentía sus manos en la cintura.

—Oh, Tye —dijo en voz alta sin querer.

Tye la miró con una ceja enarcada y Larch lo volvió a besar. Tye respondió besándola como Larch jamás había soñado que la iban a besar.

Mientras con una mano le acariciaba la espalda, con la otra hacía lo propio en uno de sus pechos.

Al sentir sus manos, Larch ahogó un grito de sorpresa.

—¿Te gusta? —le preguntó Tye con voz ronca mientras jugueteaba con uno de sus pezones erectos—. Si quieres que pare, dimelo ahora —añadió con tono de urgencia.

—¡No pares! No pares... —exclamó dando gracias por que la hubiera vuelto a besar porque había estado a punto de decirle lo mucho que lo quería.

Larch, que creía que los besos que estaban compartiendo no podían ser más apasionados, pronto aprendió que no era así.

Sintió cómo la bata que llevaba caía al suelo y no protestó. Estaba dispuesta a ser una alumna buena y obediente.

Tye se inclinó sobre su hombro y lo cubrió de besos. Primero le bajó un tirante del camisón y, luego, el otro. Entonces, Larch sintió timidez y se encogió, pero no le duró mucho pues pronto descubrió

que quería seguir.

Quería tocarlo, así que comenzó a desabrocharle la camisa.

—¿Me estoy pasando? —le preguntó nerviosa haciéndolo sonreír encantado.

—Claro que no, preciosa. Nos conocemos desde hace tiempo, ¿no es verdad?

Tenía un torso impresionante que no pudo evitar besar y acariciar.

—Oh, Tye —murmuró mordiéndole un pezón.

Tye la besó con ternura por el cuello. Pronto deslizó sus labios hasta sus pezones haciéndola arquearse de placer al metérselos en la boca.

Larch sintió que la invadía el deseo más salvaje. Tye le estaba haciendo conocer sensaciones maravillosas, pero, cuando percibió que el camisón le resbalaba por el cuerpo para ir a parar al suelo, sintió un poco de pánico.

—Todo esto es nuevo para ti, ¿verdad? —sonrió él—. ¿Estoy yendo demasiado rápido?

—No, en absoluto —contestó Larch—. Me está... encantando, de verdad —le aseguró.

—Oh, querida, eres preciosa —susurró Tye observando su desnudez.

Al volver a mirarla a la cara, vio que se había ruborizado por completo y se apartó.

—Será mejor que me vaya —musitó.

¡Irse! ¡No, bajo ningún concepto! Larch se apresuró a abrazarlo de nuevo.

—¡Bésame! —le pidió sintiendo su torso.

Tye gimió y la besó.

Larch se apretó contra su cuerpo y comprobó cuánto la deseaba. Se sintió de maravilla porque ella lo deseaba igual de desesperadamente. Se besaron con pasión mientras a Larch le parecía que la habitación daba vueltas a su alrededor.

—¡No! —exclamó Tye dando un paso atrás de repente—. ¡No! —repitió agarrándola de los brazos para que no se acercara a él—. ¡No! —dijo por tercera vez como si estuviera intentando convencerse a sí mismo—. Lo siento —concluyó saliendo de la habitación de Larch mientras ella lo miraba con la boca abierta.

Capítulo 8

Fue una noche muy larga. A la mañana siguiente, Larch tenía muy claro que, aunque físicamente la deseara, Tye no tenía tiempo para mujeres que se le colgaban del cuello.

Y aquello era, ni más ni menos, lo que había hecho ella. Tye le había dado un abrazo con ninguna carga sexual, un abrazo de ánimo porque sabía que estaba disgustada. ¡Y ella se había agarrado a él con fuerza!

Gimió de vergüenza.

Le había dicho que debería soltarla y ella había contestado que no. Escondió la cabeza bajo las sábanas.

Menos mal que no lo iba a volver a ver hasta el viernes. Se incorporó en la cama y se dijo que tenía dos días para reponerse antes de verlo. No le pareció suficiente tiempo, la verdad.

Cuál fue su sorpresa cuando Tye llamó a la puerta y entró en su habitación, ya vestido de traje.

Larch sintió que se sonrojaba de pies a cabeza al recordar que la había visto desnuda horas antes.

—¿Me odias? —le preguntó acercándose y sentándose en el borde de la cama.

El error había sido suyo y Tye se echaba la culpa. No era difícil entender por qué lo quería tanto.

—Voy a hacer como que no me has hecho nunca esa pregunta —contestó consiguiendo sonreír.

—No te voy a pedir perdón —continuó Tye agarrándole la mano.

¿Pedir perdón? De repente, Larch entendió que se refería a haberla dejado ansiosa.

—Uno de nosotros tenía que mantener la cabeza fría —consiguió

decir.

—Oh, Larch, estas cosas pasan —dijo Tye amablemente—, pero yo tengo más experiencia y debería haberlo evitado.

¿Por qué se echaba la culpa? ¡Si había sido ella la que se le había abalanzado!

—Bueno, pues a ver si no vuelve a ocurrir —lo regañó de broma haciéndolo reír.

Por un momento, Larch creyó que la iba a volver a besar, pero no lo hizo.

—Sé buena —dijo apretándole la mano y levantándose—. Nos vemos el viernes.

Cuando se hubo ido, Larch sintió ganas de llorar. Ni la iba a besar ni la besana nunca más. Y ella estaba enamorada de él y se tenía que ir y no lo iba a volver a ver nunca y no podía soportar la idea.

Se duchó y se vistió sin parar de pensar en él y en que el viernes sería su último día en Grove House. Tye lo sabría cuando viera su maleta hecha antes de ir a ver a Miles. Así estaba decidido.

Hizo la cama y recogió la habitación. Volvió a sentir lágrimas en los ojos al recoger su camisa del suelo, la misma que le había desabrochado la noche anterior. Se la puso en la mejilla unos segundos hasta que consiguió recuperar el control.

Bajó a la cocina a prepaíarse un té. Apenas tenía fuerzas, pero decidió animarse pues debía ponerse a hacer llamadas para encontrar una habitación. No tenía ni idea de cuánto dinero tenía pues Hazel se ocupaba de las finanzas familiares, pero, del mísero sueldo que Neville le pagaba, había conseguido ahorrar algo. Suficiente para pagarse un hotel modesto un par de semanas.

¿Y si buscara algo por Hertfordshire? Estaba dándole vueltas a la idea y recriminándose porque sabía muy bien que sería, única y exclusivamente, para ver a Tye cuando llamaron al timbre.

Rezando para que no fuera Paulette, fue a abrir y se encontró con su hermana.

—¡Hazel! —exclamó—. ¿No estabas en Dinamarca?

—Llegué anoche —contestó su hermana.

—Pasa. ¿Has desayunado?

Hazel negó y entró.

—Supongo que Tye no estará en casa, ¿verdad? —preguntó

prácticamente segura de que no eran horas para que un hombre de negocios estuviera aún en casa.

—Ha salido de viaje un par de días —contestó Larch.

—Necesitaba verte. No podía esperar más —dijo Hazel mientras su hermana preparaba té.

—¿Ocurre algo?

—Ahora ya se ha tranquilizado todo, pero las cosas han estado un poco revueltas por decirlo de alguna manera. En cualquier caso, Neville y yo nos vamos a divorciar.

—¿Cómo?

—Sí, lo he echado de casa.

—Lo has echado...

—Sí, me va a costar un dinero, pero merece la pena. Supongo que te alegrarás de oírlo.

—¿Yo?

—Sí, Larch, ya no hace falta que sigas fingiendo. Y yo, tampoco.

Se pusieron a hablar y se olvidaron por completo del desayuno.

—Pero, creí que estabas completamente enamorada de él...

—Lo estuve, pero fue hace tanto tiempo que ya ni lo recuerdo.

—Pero.

—Sí, ya sé que no parecía que fuera así —sonrió Hazel—. Mamá estaba fatal, tú cuidándola todo el día y papá casi loco por el temor de perderla, así que, ¿cómo iba yo a contaros que me iba fatal con mi marido?

—¿Fatal?

—Fatal —sentenció Hazel—. Al principio, éramos dos tortolitos, pero pronto comenzó a serme infiel. Me enteré y me prometió qué no volvería a ocurrir. Yo, como una tonta, lo creí.

—¿Volvió a ocurrir?

Hazel asintió.

—Que yo sepa, muchas. Poco a poco, fue dejando de dolerme y, al final, me di cuenta de que ya no lo quería.

Larch estaba anonadada. .

—Pero seguiste con él —apuntó.

—Era como una costumbre, como un animal de compañía. Además, comenzaron a promocionarme y eso me ayudaba a sobrellevarlo. Papá, mamá y tú ya teníais bastante con lo vuestro como para que, encima, llegara yo diciendo que me divorciaba.

—Y no dijiste nada. Te lo has tragado todo tú sola.

—Sí, bueno, eso no fue lo peor —sonrió Hazel amargamente—. Poco después de que papá muriera, la secretaria de Neville se presentó en casa y me dijo que estaba embarazada. No hace falta que te diga quién era el padre. La chica abortó porque Neville no quiso saber nada y yo decidí que aquello se tenía que acabar. Entonces, murió mamá y a Neville no se le ocurrió un momento mejor para confesarme que su empresa estaba prácticamente arruinada.

—Y tuvisteis que vender la casa.

—Reconozco que mi primer impulso fue dejarlo tirado, pero luego pensé que había una serie de empleados que dependían de él.

—Ahora entiendo por qué no dudaste en vender tu precioso piso y en venirte a casa.

—Dios mío, no sé cómo se me ocurrió irnos a vivir contigo. Lo tendría que haber imaginado. ¡Qué tonta fui! Sabía que Neville no era de fiar con las mujeres, pero jamás pensé que iba a intentar algo con mi hermana pequeña.

—¿Lo sabes? —exclamó Larch sorprendida.

—Me enteré anoche.

—¿Por eso has vuelto? Dijiste que ibas a estar en Dinamarca hasta el fin de semana.

—Sí, pero llamé a Neville y le dije que quería hablar con él muy seriamente cuando volviera a casa.

—¿Te dijo que se había... sobrepasado conmigo?

—Al principio, no. Debió de sospechar lo que le iba a preguntar porque se empezó a hacer el loco. Suficiente para que decidiera no esperar al fin de semana para hablar con él. Hablé con Rune, mi jefe en Dinamarca, y he tomado el primer vuelo esta mañana. Nada más llegar a casa, le he dicho que quería el divorcio.

—¡No quiero que te divorcies por nada relacionado conmigo! —se apresuró a decir Larch.

—¡No es por eso! —le aseguró su hermana—. Es que... he conocido a otro hombre...

—¡Hazel!

—Lo sé. ¿A que es increíble? Nunca pensé que me volvería a enamorar, pero Rune...

—¿No me acabas de decir que es tu jefe?

—Sí. Está divorciado y me ha ayudado mucho a superar los duros momentos que preceden a la toma de decisión final.

—¿Das tu matrimonio por terminado?

—Completamente. Al principio, cuando noté que me gustaba Rune, estaba hecha un lío, pero poco a poco nos fuimos acercando y… la idea de volver los fines de semana a casa se me empezó a hacer muy cuesta arriba porque no quería ver a Neville. Lo que jamás me perdonaré es no haberme dado cuenta de que no estabas a salvo sola con él.

—¿Qué te ha contado?

—Le dije que quería hablar con él y que no quería que fuera en casa porque no quería molestarte ya qué tenías que descansar después del accidente.

Larch tragó saliva al comprender que su hermana se la quería llevar cuanto antes a casa.

—Debió de darse cuenta de que le iba a pedir el divorcio y decidió no ponérmelo fácil. Me dijo que no eras la niñita buena que parecías, que te habías metido en su cama una noche y habías intentando seducirlo.

—¿Te ha dicho eso?

—No te preocupes. Lo conozco demasiado bien como para creerlo —le aseguró su hermana—. Lo que ocurrió a continuación fue que me di cuenta de que tenía que haber sido al contrario. Tenía que haber sido él quien se hubiera metido en tu habitación para intentar algo.

—Lo siento —dijo Larch.

—No tienes nada que sentir —sonrió Hazel—. Hasta entonces, todavía me sentía culpable de vez en cuando por no estar enamorada de mi marido sino de Rune, pero esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Al final, solo porque sabía que te lo iba a preguntar a ti, claro, conseguí que admitiera que había entrado en tu habitación y que, por decirlo de forma leve, había intentado seducirte. No tienes nada que lamentar —sonrió—. ¿Nos vamos?

—Yo… —dudó Larch.

—¿No quieres volver a casa? Te aseguro que Neville no va a estar —dijo Hazel mirándola con curiosidad—. Ah, ya entiendo, no quieres irte sin despedirte de Tye porque temes que se ofenda.

—Le voy a dejar una nota —contestó Larch pensando en lo

aliviado que se iba a sentir Tye cuando viera que se había ido y que podía volver a hacer su vida normal.

La que no se sentía en absoluto aliviada era ella. Al pensar en Tye haciendo su vida normal, volviendo a vivir en Londres y saliendo sintió unos terribles celos.

—¿Te importa que esperemos a que vuelva Jane?

—No, claro que no—contestó Hazel.

—¿Y tú no te vas a volver a Dinamarca corriendo a ver a Rune?

—No, va a venir él el fin de semana —sonrió su hermana.

Larch tardó una eternidad en escribir la nota de Tye. No quería irse, le dolía el corazón, pero con su hermana en casa y su cuñado fuera de ella, no tenía ninguna excusa para quedarse.

Querido Tve:

Hazel ha venido a verme de repente esta mañana. Creía que estaba en Dinamarca, pero ha vuelto para echar a Neville de casa y pedirle el divorcio. Eso quiere decir que puedo volver sin temor.

Quiero darte las gracias por haberme cuidado, junto con Jane, en esta preciosa casa. Me temo que no he sido siempre una invitada fácil.

No sé qué habría hecho sin ti, de verdad.

Recibe todo mi afecto.

Larch

No se quedó muy satisfecha con lo que había escrito, pero sabía que aunque se pasara toda la mañana intentándolo no le iba a salir mejor, así que subió a su habitación a dejársela en la mesilla.

Sintió que las lágrimas afloraban de nuevo a sus ojos al mirar hacia la cama y recordar aquella mañana en la que se había despertado entre los brazos de Tye. Con él se sentía segura.

Jane se sorprendió al llegar y encontrarse con que se iba, pero lo aceptó con la mejor de sus sonrisas y le dio un gran abrazo de despedida.

Larch consiguió pasar las siguientes veinticuatro horas como pudo. Decidió que no quería ir a ver a Miles el viernes. No quería saber nada de Tye porque temía que, vulnerable como estaba, su hermanastro adivinara sus sentimientos por él.

Cuando se lo dijo a Hazel, su hermana se negó.

—Tienes que ir a verlo. Me han dicho que es uno de los mejores médicos de Londres. Además, así podremos ir a buscar a Rune al

aeropuerto —sonrió—. Hazlo por mí, ¿de acuerdo? Deja que te cuide un poco, anda, como en los viejos tiempos. Te prometo que, si te da el alta, nos olvidaremos del accidente y las dos comenzaremos una nueva vida.

¡Cómo si fuera tan fácil! Larch también quería mirar hacia delante y no hacia atrás, pero le resultaba muy difícil.

¿Cómo iba a pensar en el futuro si no podía dejar de pensar en Tye? No quería bloquearse en el pasado, pero no paraba de recordar cosas que le había dicho o que habían hecho juntos.

Un simple paseo con él había sido mágico, dar una vuelta en coche había resultado el mayor placer del mundo.

Recordó aquella vez en la que le había dicho que se preocupaba por ella. Ojalá fuera verdad, pero no por caridad.

Por fin, llegó el viernes y Hazel insistió en que fueran nada más comer a la clínica. Obviamente, se moría por ver a Rune. Tanto que llegaron a la clínica antes de su cita. Decidieron quedarse en el coche esperando y Larch aprovechó para preguntarle algo a su hermana que le había estado rondando la cabeza en los pocos ratos en los que no pensaba en Tye.

—Hazel, he estado pensando...

—Uy, qué peligro —bromeó su hermana.

—Si las cosas con Rune van en serio, ¿te vas a ir a vivir a Dinamarca?

Hazel la miró muy seria.

—Te lo iba a decir cuando saliéramos de ver al médico, pero, ya que has sacado el tema... Sí, he pedido que me trasladen —contestó.

—Normal —dijo Larch—. Lo entiendo perfectamente —añadió para que Hazel no se sintiera en absoluto culpable—. Verás, quiero estudiar, ¿sabes?, y se me había ocurrido que, si tú te vas, ¿qué hago yo en una casa tan grande como la nuestra? ¿Qué te parecería si la vendiéramos?

—Me parece una buena idea —contestó Hazel sorprendida—, pero también podrías venirte a vivir a Dinamarca con Rune y conmigo.

—No, gracias, pero prometo ir a veros a menudo —sonrió Larch —. Vamos a ver si ha llegado Miles —propuso.

Pero no había llegado y, de hecho, según las informó su enfermera, iba a hacerlo tarde pues había tenido una urgencia.

—Va a llegar tres cuartos de hora tarde —les comentó.

Larch sugirió a su hermana que cancelaran la cita, pero Hazel se negó.

—Vas a llegar tarde a buscar a Rune —le advirtió.

—Da igual —dijo Hazel—. Esperaremos.

Al final, tuvieron que esperar casi una hora hasta que una enfermera llamó a Larch y la hizo pasar a la consulta de Miles, que la recibió con una sonrisa.

—Larch —dijo—levantándose—, tienes buen aspecto. ¿Cómo te encuentras?

Para haber llegado una hora tarde, Miles parecía no tener prisa. Se pasó media hora tomando notas y, al terminar, la agarró de la mano.

—Te has recuperado de maravilla —le dijo—. Es una pena que no tengamos que volvernos a ver.

Larch sonrió.

Miles, el último eslabón de unión que tenía con el hombre del que estaba enamorada, no había mencionado a Tye. Ella, tampoco.

—Adiós —se despidió tras darle las gracias.

Al salir, en lugar de hacerlo alegre porque le acababa de dar el alta, se encontraba con la moral por los suelos.

Quería ver a Tye y compartir con él aquel momento. Supuso que, para entonces, ya habría leído la nota que le había dejado y estaría encantado de no tener que haberla llevado a la clínica.

Tragó saliva y anduvo hacia la sala de espera donde más de media hora antes había dejado a Hazel.

Al llegar, vio que su hermana no estaba. Supuso que estaría esperándola en el aparcamiento con el coche en marcha, así que se apresuró a ir hacia la salida. Iba tan aprisa que estuvo a punto de chocarse con un hombre alto y moreno que entraba en aquel momento.

—Perdón —dijo levantando la vista—. ¡Tye!

—Hola, Larch —dijo él muy contento dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tienes que decirme?

Capítulo 9

—¿Qué haces aquí? —dijo Larch en un hilo de voz y ruborizada de la emoción de verlo y de que la hubiera besado—. Supongo que habrás venido a ver a Miles, por supuesto. .. claro, sí, va con retraso... eh, te dejé una nota... Hazel me está esperando en el coche...

—No—dijo Tye. . ,

—¿Cómo que no?

—Nos hemos encontrado y le he explicado que, conociendo a Miles, aunque te haya recibido con retraso, te haría un examen exhaustivo. Parecía deseosa de llegar cuando antes al aeropuerto a recoger a ese danés tan especial, así que le he dicho que se fuera y que ya me encargaba yo de llevarte a casa —le explicó.

¿Hazel le había hablado de Rune?

—No hace falta... —dijo Larch tras conseguir reaccionar.

—¿Cómo que no?

—Bueno, sí, pero no quiero que me lleves tú.

—¿Por qué?

—Porque... ya has hecho suficiente por mí—acertó a decir—. Warren End no te pilla de paso, además, puedo ir en tren y...

—¿Y, así, conseguir que tu hermana me tache de su lista de las personas de fiar? Ni hablar.

Larch lo miró. ¡Cuánto lo quería y lo había echado de menos! Precisamente por eso, se encontró cediendo y yendo hacia su coche.

Un ratito más con él... Se tocó la mejilla en la que le había besado. Aquel beso había sido como si se alegrara de verla y no pudiera contenerse.

—Hazel me habría esperado —se vio obligada a decir.

—Por supuesto, no lo he dudado ni por un momento —contestó

Tye—, pero, de todas formas, quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Pero Tye estaba ocupado poniendo el coche en marcha y adentrándose en el tráfico, así que no le contestó y Larch no le repitió la pregunta.

Al cabo de un rato por las calles de Londres, se dio cuenta de que no estaban yendo en dirección a su casa y, para confirmar sus sospechas, Tye detuvo el coche ante un precioso bloque de viviendas.

—Tengo que recoger una cosa —anunció.

—¿Esta es tu casa de Londres?

—Sí, ¿quieres subir?

—De acuerdo —contestó Larch no queriéndose perder la oportunidad de estar todo el tiempo posible con él.

Lo siguió hasta el ático, que resultó ser una casa amueblada con mucho estilo y gusto.

—Siéntate —la invitó Tye después de enseñársela.

No parecía tener ninguna prisa por recoger lo que había ido a buscar y Larch se encontró nerviosa de repente.

—Dijiste que querías hablar conmigo…

—Cierto —contestó Tye sentándose a su lado—. Me sorprendió mucho tu nota del miércoles.

—¿La leíste el miércoles? —dijo Larch sorprendida—. ¿Pero no volvías hoy de viaje?

—Eso tenía pensado, pero llamé varias veces a Grove House y, al ver que nadie me contestaba, me puse en contacto con Jane Harris por si había ocurrido algo.

—Oh, Tye, lo siento —dijo Larch bajando la mirada—. Y, claro, Jane te dijo que me había ido con mi hermana. ¿No dejarías el trabajo por mi culpa? —recapacitó—. No me lo puedo creer —añadió al darse cuenta de que, evidentemente, así había sido.

—Así fue —le confirmó Tye—. No me podía creer que… te hubieras ido.

—Pero leíste la nota, ¿no?

Tye hizo un ademán nervioso.

—Creí que había algo más entre nosotros.

«¡Lo sabe! ¡Sabe que estoy enamorada de él!», pensó Larch.

—¿Has visto a Miles? —aventuró queriendo cambiar de tema.

Sin duda, Tye estaba pensando en la noche del martes, cuando se le había colgado, literalmente, del cuello.

—No he ido a verlo a él.

—Ah —murmuró Larch confusa—. Me ha dado el alta, ¿sabes?

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabías? —le preguntó sorprendida—. ¿Cómo lo sabías?

—Porque Miles me llamó al móvil en cuanto saliste de su consulta.

—¿Por qué?

—Porque, obviamente, no querías que viniera contigo.

—Oh, Tye. ¡Te equivocas! —protestó—. Si no has ido a la clínica a ver a Miles... ¿me has ido a ver a mí? —dijo en un hilo de voz.

—Efectivamente.

¡Había ido hasta allí para verla! Notó que él corazón comenzaba a latirle aceleradamente. Lo miró, cómo lo quería, pero no podía ser.

—¡Bueno, me tengo que ir a casa! —dijo intentando levantarse.

Tye se lo impidió sentándose a su lado en el sofá y agarrándole una mano.

—Todavía no hemos hablado de lo que tenemos que hablar—le dijo.

—¿Y sobre qué... qué tenemos que hablar? —preguntó Larch nerviosa de tenerlo tan cerca.

—Sobre nosotros —contestó Tye muy tranquilo.

—¿Sobre nosotros? —repitió Larch sintiendo que se desmayaba —. No hay ningún nosotros —se vio obligada a añadir porque era un hombre bueno y no quería que se viera obligado a decir nada que no sintiera solo porque le daba lástima—. Ya sé que el martes por la noche me puse un poco pesada —dijo ruborizándose—. Ya sabes a lo que me refiero, pero te aseguro que no quiero darte pena...

—¿Quién le da pena a quién?——la interrumpió Tye enfadado.

—Ya has visto que...

Se interrumpió al darse cuenta de que había estado a punto de decirle que lo quería.

—He visto mucho, sí —continuó él—. Te he visto en coma, asustada, valiente, orgullosa. Te he visto ser amable y he querido todo lo que ha estado en mi mano por ti...

—Y lo has hecho —le aseguró Larch—. Te he dado—muchos quebraderos de cabeza.

—¡No, no es así!

Larch no estaba dispuesta a creerlo.

—Cada vez que pienso en aquella noche en la que te hice dormir conmigo.

—Lo hiciste porque creías que estábamos prometidos, porque yo te había dicho que vivíamos juntos —la interrumpió Tye.

Larch lo miró fijamente y se alegró de que no estuviera enfadado con ella.

—¿Amigos? —le dijo.

—Sí—contestó Tye.

Satisfecha con eso, Larch hizo amago de agarrar su bolso para irse, pero Tye se lo volvió a impedir.

—Todavía, no.

—No quiero...

—¿Y qué hay de lo que yo quiero? —la volvió a interrumpir Tye.

Larch se miró en sus ojos grises y se dio cuenta de que, si por ella fuera, le daría el mundo entero si eso era lo que quería.

—¿Qué es lo que quieres?

Tye tomó aire y le agarró ambas manos.

—A ti, Larch. Te quiero a ti —contestó mirándola a los ojos.

Larch se quedó con la boca abierta.

—No es cierto... —acertó a decir.

—Sí que lo es.

—Pero, pero... ¿Y, entonces, por qué el martes no quisiste hacer el amor conmigo?

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo que no quería? ¡Estaba loco por hacerlo!

—¿Sí?

—Creía que te habías dado cuenta... No te puedes imaginar lo que me costó separarme de ti aquella noche.

Larch lo miró con los ojos muy abiertos.

—Creí que había sido yo, que me había puesto demasiado pesada.

—¿Pesada tú?

—Paulette dijo que...

—Oh, Larch, aunque quiero mucho a mi cuñada, te aconsejo que, de ahora en adelante, no le hagas mucho caso.

¿De ahora en adelante?

—¿No me comporté como una pesada? —preguntó aliviada.

—No, en absoluto… Aunque admito que me pasé casi toda la noche en vela pensando en que, no sé, me había parecido que, tal vez, estabas un poco enamorada de mí —sonrió Tye.

—Bueno, te aprecio mucho, por supuesto —se apresuró a contestar Larch—. ¿Cómo iba a ser de otra manera teniendo en cuenta todo lo que has hecho por mí? —añadió tan nerviosa que sintió que le temblaban las piernas.

—No —dijo Tye.

—¿No? —repitió Larch.

—No, tiene que haber algo más.

—Lo siento —se disculpó Larch rezando para que creyera que sentía no poder estar enamorada de él.

Tye la estaba mirando fijamente y Larch sintió que se estaba poniendo nerviosa de nuevo. Era como si estuviera intentando leerle el pensamiento.

—No me lo puedo creer, dijo Tye. Me he pasado todos estos días diseccionando todas tus palabras, todos tus movimientos…

—¡No quiero tener esta conversación! —le espetó Larch sintiendo pánico.

—¿Te doy miedo? —sonrió Tye sospechando el motivo de su nerviosismo.

—Me tengo que ir a casa —insistió Larch.

—No te asustes —dijo Tye sin soltarla—. No tienes motivos para asustarte.

—¡No me interesan tus mentiras! —gritó.

—¡Mentiras! —dijo Tye sorprendido.

—Dices que estabas loco por hacerme el amor, pero te fuiste tan contento, —le recriminó.

—¿Tan contento? Me fui mientras pude.

—¡No me vengas con cuentos! —exclamó Larch recordando, sin embargo, que se había dejado la camisa con las prisas.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad, cariño? —sonrió Tye comprendiendo su estratagema.

Larch estuvo a punto de derretirse allí mismo al oír que la

llamaba cariño.

—Me estás echando la culpa de algo que ni siquiera comprendo —se defendió—. Dices que me deseabas, pero que te controlaste.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Preferiría que me dieras respuestas a que me hicieras preguntas. ¡Me estás confundiendo!

—Te daría todo lo que quisieras —dijo Tye con ternura.

¿O habían sido imaginaciones suyas?

—¡No digas tonterías! —dijo bruscamente.

¿Cómo había conseguido contestar así cuando lo que quería en realidad era abalanzarse sobre él y colmarlo de besos? Lo que le acababa de decir la había dejado sin aire en los pulmones.

—Perdóname si lo estoy haciendo mal, pero me tienes loco, Larch Burton. Me has robado el corazón y no puedo pensar con claridad.

—Eh... bueno... —dijo justo antes de que Tye se inclinara sobre ella y le diera un beso en la boca.

Larch se quedó sin palabras. Solo pudo quedarse inmóvil mirándolo. ¿De verdad le acababa de decir que le había robado el corazón?

—Eres una delicia —continuó Tye dándole otro beso y echándose atrás—. ¿Ves? Me distraes. Vamos por partes... Tenemos que remontarnos a cuando te vi por primera vez, toda magullada e inconsciente.

—¿Hasta entonces?

—Sí, quedé prendado de ti al instante. De hecho, unos días después me di cuenta de que iba al hospital a verte a ti y no a Miles.

—Oh, Tye —dijo Larch con el corazón latiéndole aceleradamente.

—¡Por supuesto, me dije que iba solo para recuperar el anillo de mi abuela! —sonrió él—. Te despertaste, se dieron cuenta de que habías perdido la memoria y preguntaste si era tu prometido, te vi tan sola y perdida que no pude decirte que no. No sabía qué me estaba pasando, pero no podía dejar que te enfrentaras a un mundo desconocido y hostil tú sola.

¿Qué era lo le que le estaba pasando?

—Le dije a Miles que quería llevarte a Grove House hasta que te repusieras y le pareció bien, así que lo llamaba constantemente para

contarle tus progresos. Estuve incluso a punto de llamarlo aquella noche en la que apareciste en mi habitación, pero me pareció mejor abrazarte, reconozco que quería hacerlo, hasta que te tranquilizaras y te quedaras dormida.

—Gracias —murmuró Larch—. Cuando me desperté, había recuperado la memoria.

—Sí, y lo primero que hiciste fue ponerte a decir que habías irrumpido en mi vida, que no me dejabas trabajar y cosas por el estilo. No me pareció bien decirte entonces que lo que habías puesto patas arriba había sido mi corazón.

Larch parpadeó y lo miró con los ojos muy abiertos

—No parabas de decir que te querías ir y a mí se me partía el alma cada vez que te lo oía decir,

—Oh, Tve —dijo Larch temblando.

—¿Qué podía hacer? No podía parar de pensar en ti y tú no parabas de decir que te querías ir.

—¿Por eso te inventaste lo de catalogar los libros de tu abuelo?

—Sí, pero no te hizo mucha gracia al principio. Insistías en irte.

—Me quedé porque me hiciste chantaje —le recordó sonriente.

—Por supuesto. No estaba dispuesto a dejar que volvieras a ver a tu cuñado —le aseguró—. Puedes hacer conmigo lo que quieras, Larch Burton, así que decide —sonrió.

Larch lo miró. Lo quería y él acababa de confesar que le había robado el corazón.

—No estoy segura… Es cierto que… te tengo cariño.

—¿Cariño o amor? No es lo mismo, Larch.

—No sabría describirte la sensación —mintió.

—Déjame a mí. ¿Es una sensación que te quema por dentro?

—¿Tú también la tienes? —dijo Larch sorprendida.

—Desde que te conocí —confesó Tye.

—Oh, Tye —murmuró Larch abrazándolo.

—Te quiero —dijo Tye mirándola a los ojos y besándola—. ¿Me quieres tú aunque solo sea un poquito?

—Sabes que sí.

—Dímelo. Necesito oírlo de tus labios.

—Tye, no te quiero un poquito… Te quiero con todo mi corazón.

Se besaron y abrazaron durante unos minutos en los que Larch perdió la noción del tiempo.

—No me puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Tye al cabo de un rato—. Estuve a punto de confesarte que te quería aquel domingo que dimos un paseo por el pueblo. No me pude controlar y te besé. Luego, me pasé una semana intentando no verte mucho para recobrar el control.

—¿Me querías ya entonces? —preguntó Larch maravillada.

—Yo creo que te he querido desde la primera vez que te vi. ¿Y tú?

Larch puso cara de hacer memoria, como si le costara recordarlo.

—Yo te quiero desde el mismo día en que recobré la memoria —confesó—. Estábamos cenando, tú y yo, y me di cuenta de que estaba enamorada de ti, pero de que tendría que irme tarde o temprano.

—Precisamente por eso, yo intentaba controlarme. Sabía que en unas semanas, cuando Miles te diera el alta, te irías.

—Oh, mi amor.

—Sabía que te quería, pero decidí no hacer nada al respecto hasta que Miles me dijera que estabas completamente restablecida y curada.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Larch sonriente.

—Pedirte que vivas conmigo, pero no como invitada sino como mi novia. Tenía planeado traerte a ver a Miles, llevarte a cenar para celebrar tu alta y comenzar mi cortejo.

—¡Y yo te estropeé los planes al irme de Grove House!

—Pensé que no, tal vez, no tenía nada que hacer, que te habías ido porque no querías nada conmigo. Sin embargo, no estaba dispuesto a darme por vencido tan fácilmente.

Larch lo miró con la boca abierta.

Por lo visto, habían estado los dos pasándolo mal pensando qué sentiría el otro.

—Los hechos me decían una cosa, pero mi intuición me decía otra —continuó Tye.

—¿Que te quería? —aventuró Larch.

—Intenté no creérmelo —dijo Tye abrazándola con fuerza—, pero una y otra vez mi cabeza me decía que, desde luego, no me odiabas.

—Me lo preguntaste el miércoles por la mañana...

—Sí, no sabía cuál iba a ser tu reacción después de lo que había pasado la noche anterior. Quería decirte lo que sentía por ti, pero no quería meterte prisa.

—Oh, Tye...

Aquello era maravilloso. No podía haber en la tierra un hombre más considerado y bueno que aquel.

—Eso fue antes de ayer. Me fui de viaje y descubrí que no verte hasta hoy era una tortura. Llamé varias veces y, al final, acabé enterándome de que te habías ido. No me lo podía creer.

—Perdón —dijo Larch apesadumbrada—. Te quiero —añadió besándolo.

—En tu nota decías que no sabías qué habrías hecho sin mí.

—Y lo sigo diciendo. De corazón.

—Bien, pues yo no sé qué haría sin ti en un futuro.

—Tye... —murmuró Larch embelesada en sus ojos grises.

—¿Te acuerdas de esto? —dijo Tye sacándose del bolsillo el anillo de su abuela.

—¿No se lo has dado todavía a Paulette?

—Hace tiempo que decidí no hacerlo.

—¿Y eso?

Tye le tomó la mano izquierda.

—¿Te importaría aceptarlo hasta que te compre el que tú elijas?

—¿Qué me estás diciendo? —dijo Larch con voz trémula.

—Te estoy diciendo que te quiero, mi vida, que te quiero con todo mi corazón, que no puedo imaginarme mi vida sin ti y que me encantaría que te casaras conmigo.

—¿Quieres que me case contigo? Pero si una vez me dijiste que no creías que te casaras nunca —contestó Larch estupefacta.

—Te engañé. Ya entonces sabía que estaba cenando con la mujer que se convertiría algún día en mi esposa.

—Oh, Tye —sollozó Larch emocionada.

—¿Eso es un sí o un no? —preguntó Tye nervioso.

—Ambos sabemos que el anillo me queda muy bien —sonrió Larch.

—Doy por hecho que es un sí —dijo Tye poniéndoselo.

Larch no podía hablar, así que se limitó a asentir.

—Ven aquí —dijo Tye abrazándola con ternura.

Tye, su prometido.



JESSICA STEELE (Warwickshire, Inglaterra (1933) - es una popular escritora británica. Desde 1979 ha escrito más de 85 novelas románticas publicadas por *Mills & Boon*.

Fue una niña delicada, a los 14 años le diagnosticaron tuberculosis y tuvo que abandonar los estudios, a los 16 años comenzó a trabajar y nunca regresó a la escuela a la que siempre ha echado de menos.

Peter, su marido,la ha apoyado en su trayectoria profesional y durante el periodo de aprendizaje (5 años según Jessica).

Es feliz escribiendo a mano,y tiene gran cantidad de plumas. Para documentarse y obtener información para sus obras ha viajado por todo el mundo.